



EL MISIONERO

MISIONERO! He aquí una palabra cuya significación sólo se puede comprender en el seno de la Iglesia militante. Grande y profunda como es, no se detiene en los oídos, sino que va á vibrar en lo más íntimo del alma.

El guerrero, movido por la ambición, abrasado por la fiebre del poder y el anhelo del ruido y de las sangrientas conquistas, abraza el escudo y, seguido de sus legiones, corre á enardecer el fuego y la matanza por comarcas donde su nombre sale del fondo de pechos angustiados, envuelto en el lúgubre acento del gemido y en el acento terrible de la maldición; hasta que cae también en su carrera devastadora, no dejando más que un nombre condenado al anatema y un puñado de ceniza que el huracán disipa.

El traficante surca los mares y atraviesa los continentes, impelido por el viento de la fortuna y arrastrado por la sed de las riquezas.

El sabio, por satisfacer su anhelo de ciencia. El *turista*, por dar alimento á su insaciable curiosidad.

Cada cual busca un objeto grande ó pequeño, propende á un fin trascendental ó fútil; pero en el fondo, obedece á una pasión más ó menos egoísta.

Se siente, se aspira, se trabaja para sí, desatendiendo y olvidando á los demás, y se erige en pedestal estrecho para mirarlos de arriba, en lugar de dar mayor amplitud á esa altura, tenderles las manos y ascenderlos al mismo nivel.

No sucede así con el *misionero*.

¿Qué es lo que busca este personaje tan humilde como extraordinario? ¡Nada para sí; todo para sus hermanos en Jesucristo! Mejor dicho: busca para sí la fatiga, el sufrimiento, la angustia, el sacrificio, con tal de hacer brotar la fuente del bien y de la verdadera felicidad para aquéllos! Tiene una pasión, una sola: la sublime é insaciable pasión de la caridad evangélica, esa pasión esencial y exclusivamente cristiana, cuyo fuego divino dilata y hace estallar su alma para esparcirse, derramarse y desvanecerse en el alma de sus semejantes! Tiene un móvil, ¡qué móvil! el deber, que

siembra de espinas y sinsabores su camino, y más que el deber, la necesidad imperiosa que siente de padecer.

Tiene un medio, medio propio, *sui generis*, medio católico: el desinterés puro, el desprecio de todo deleite terreno, el desprendimiento de todo lazo perecedero, la abnegación llevada hasta lo sumo del heroísmo. Tiene un objetivo: levantar, ilustrar, redimir la humanidad, y empujarla á la tarea de su perfeccionamiento. Siente, en fin, una ansia: el ansia sin ejemplo de fecundar con el riego de su sangre los incultos páramos de la barbarie. Vida de labor dura y constante, labor tendente á enseñar y purificar las sociedades; enseñanza de la verdad, el bien y la belleza; purificación espiritual; olvido de su persona; amor ardiente, indecible, al prójimo; anhelo de inmolarse para abrir á todo hombre las puertas de la celestial bienandanza: he ahí la agitada, dolorosa y sin par tarea del *misionero*.

Ved aquella selva que se esfuma y se pierde en las lontananzas del horizonte, dilatándose hasta confundir el matiz verde oscuro de su rumorosa extensión con el matiz azul claro de las soledades etéreas. No escucháis más que el salvaje concierto de la naturaleza primitiva: rumor de hojas, trinar de aves, murmurio de fuentes, estruendo de cascadas. Es el gigantesco y misterioso cuchicheo de millares de seres que hablan el idioma de las florestas vírgenes, de los bosques ignotos. El rugido del tigre y el silbar de la serpiente parecen pregonar la ausencia de la civilización.

Pero ¡qué! hay allí un estrecho sendero... Ha debido abrirlo el hombre, el hombre-fiera, el salvaje, cubierto de pieles de bestias y adornado de plumas de pájaros... avanzad por la espesura... Seguid... ¡Se percibe el sonido de una campanilla, y se siente el soplo de las ráfagas del Evangelio! Aproximaos, y veréis alzarse una humilde tumba tapizada de verde follaje y realzada por las flores que riega la clara linfa de un arroyo. ¡Aquí descansa en paz un misionero!

La caridad lo trajo, y él encontró para su Misión el corolario que deseaba: el martirio obscuro en un ignorado rincón del mundo!

El rojo clavel y la cándida azucena que han brotado sobre la tierra que lo cubre, se han teñido con la sangre de su sacrificio y la pura exhalación de su alma.

Vino después otro misionero: y su valor, su manse-

dumbre y su humildad acabaron por ablandar el corazón del salvaje, quien, asombrado de tanta magnanimidad, conmovido por virtud tan rara, y cautivado por la palabra de luz y de vida, cayó de rodillas, vertió la primera lágrima y adoró al verdadero Dios. Sobre la tumba de césped y en medio de las flores plantó el sacerdote una cruz, y levantó hacia los cielos la primera Hostia consagrada entre el melodioso canto del ruiseñor y el jilguero, entre el perfumado aliento de los céfiros y la estrepitosa voz de los torrentes. Sobre la osamenta del mártir se alzó el símbolo de la redención y se celebró el sacrificio del inmaculado y divino Cordero. Sobre los despojos de la muerte resonaron los himnos de inmortalidad, se elevaron las oraciones del alma á su Hacedor, y tomó vuelo la aspiración á la vida eterna: ¡y la tumba se hizo altar, y la selva templo, y el salvaje cristiano, y la horda sociedad pacífica y laboriosa que entró en la comunidad de la Iglesia y en el concierto de la civilización!

Aquel arenal tostado por el sol abrasador de los desiertos, donde la mirada se abisma sin hallar nada que la halague, parece envuelto en un sudario incommensurable.

El hombre del siglo que se acerca á sus lindes, huye espantado de tan lúgubre y pavorosa monotonía.

Se aproxima un misionero, y ve la huella de la Omnipotencia en esa soledad sin vida. ¿Por ventura no vagará en sus profundidades alguna tribu desheredada de los bienes otorgados á toda criatura humana? Observa con atención *el enviado de Dios*.

No se ha engañado: percibe un sordo rumor, que se acerca, aumentando su intensidad... hasta que aparece y cruza á su vista, raudo como el viento, un grupo de bárbaros que oprime los ijares del salvaje potro de las *pampas*.

Ha encontrado lo que anhelaba, y, sin vacilar, penetra en esas tétricas mansiones del aislamiento y de la desolación.

¿Irá tal vez á ser inmolado? No importa: su noble abnegación dará opimos frutos: su sangre hará germinar la semilla de la verdad y del bien.

Otro apóstol seguirá el rastro de sus pisadas, y algún tiempo después surgirá una aldea, un grupo de cabañas al rededor de una capilla, ¡y el antropófago refrenará su altanería y su fiereza, se hará humilde, y experimentará las delicias de la caridad cristiana, y la tribu será pueblo de creyentes alumbrados por la luz del Evangelio...

¿En qué punto del orbe no se ve á los infatigables obreros del Catolicismo predicando la doctrina de salvación á los hordas, á los pueblos y á las naciones?

Abandonan el abrigo del hogar doméstico; se alejan del seno de las caras afecciones; dejan al fiel amigo, á los cariñosos hermanos, á los ancianos y tiernos padres... para tomar el báculo de una peregrinación sin término y llena de amarguras; para cruzar, solitarios, las escabrosas sendas del mundo; para soportar la intemperie y los rudos golpes de la adversidad; para morir tras pasados, por la flecha del salvaje á quien muestran el cielo.

Ellos son el modelo acabado del *hombre libre*: dominan las debilidades inherentes á su naturaleza, substraen

al descanso su cuerpo, rendido de fatiga, y, no escuchando más que la voz de su deber, prosiguen su tarea hasta encontrar el reposo que les brinda una ignorada sepultura.

Es por eso que nada les detiene, y marchan, y llegan al fin que se proponen, sorprendiendo con su presencia, su palabra y su virtud el silencio sepulcral de los yermos, la helada cumbre de las cordilleras y la verde playa de islas perdidas en la inmensidad del Océano.

Vuelan con la brisa del mar, el aura de la selva y el viento del desierto, y entre el rugido de las olas, y entre el perfume de las flores, y en medio de la movediza y revuelta arena, alzan la cruz y enseñan la doctrina de la luz y de vida al insular, al salvaje y á la tribu errante; y el mar, la selva y el desierto, se conmueven sacudidos por el cántico de los cielos: «¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»

CORRESPONDENCIA

GOLFO DE GUINEA

XVI

Nuevos detalles de la isla de Corisco: Su extensión.—Flora.—Fauna.—Población indígena y su origen

SIENDO tan célebre la isla de Corisco por el número de conversiones que en ella han obtenido los misioneros, y siendo también uno de los campos de batalla donde más han trabajado los Hijos del Inmaculado Corazón de María, creo será del agrado de nuestros lectores el que demos alguna noticia más sobre la misma en forma de apuntes histórico geográficos.

El nombre propio y radical de aquella isla, según la denominación que aun hoy le dan los naturales ó indígenas, es Mangi, tomado de un árbol muy corpulento, cuya cima era lo primero que se descubría desde el Océano. El apelativo Corisco que hoy día le damos, significa rayo en portugués, y le dieron este nombre los lusitanos á causa de las muchísimas exhalaciones que en ella descargaba la pesada atmósfera. El célebre Mangi, que por su elevación era quien más descargas recibía, murió, víctima de ellas, ha más de un siglo; pero se conservó su tronco en pie, hasta la llegada de los misioneros, que lo derribaron, sirviendo todavía aquella inmensa mole de madera para anidar los ratones, culebras y otros bichos.

La extensión superficial de la isla será como de unas tres leguas de diámetro. Los múltiples cabos y ensenadas que aparecen en sus costas, es debido á la furia de las olas que incesantemente la combaten; llevando en su reflujo la parte arenisca ó blanda, le dan una forma circular parecida á una rueda dentada. De tan constante resaca vienen á formarse dilatados bancos de arena, escollos y riscos que ponen los botes en gran peligro de naufragar.

El suelo es arenoso, teniendo las playas una arena tan fina y blanca, que algunos la han probado, juzgando

que era sal. Las plantas propias de esta clase de terrenos son las únicas que allí prosperan admirablemente. Entre los árboles, el Mangi, del cual hemos hablado, es el que lleva la primacía. Siguen después el bivivo, de cuyo fruto componen los negros una especie de pasta semejante al chocolate, y úsanla para condimentar el pescado; el bomba, también de grandes dimensiones, cuyo fruto cocido sirve igualmente para salsa; el buma, de madera blanca y muy floja, tanto que los muchachos se entretienen con el cuchillo en hacer pequeñas embarcaciones; el bolumas, de cuya madera todos ignoran sus propiedades. El bambú macizo, de la familia de la caña hueca, abunda en sitios pantanosos, y sirve para la construcción de edificios. La iglesia primera que fabricó la Misión era de esta caña, sobrepuesta una á otra y fuertemente atada con cuerdas ó enredaderas del bosque. Las columnas, pilares y vigas del edificio, todo era de caña: sólo tenía la dificultad que el viento se colaba por las rendijas, y en días de tornado era difícil conservar la luz en la lámpara del Santísimo Sacramento. De la palma (mbya), extraen el riquísimo licor titulado: mavisle ma mbya. Los plátanos (becoy) son los únicos cuyo fruto se presta á la exportación: las bananas son de dos clases: matotto, semejantes al plátano y poco apreciadas de los indígenas; y las bessaivay, de unos seis pies de altura, cuyos racimos llegan á veces á arrastrarse por el suelo. Por último, el mama ilolo, parecido á una higuera tierna, de un fruto parecido al melón, que crece engastado á lo largo del tronco.

Entre los arbustos hay uno llamado gomu, cuya hoja puede llevar á uno en pocos momentos á la eternidad, tan activo es su veneno: los naturales se sirven de ella para entumecer el pescado, que aparece como muerto á la superficie del agua. Uno de los arbustos que llaman más la atención al pisar por primera vez aquel arenoso suelo es la albaca silvestre. Crece hasta la altura de ocho ó diez pies, sin que el tronco sea más grueso que el dedo pulgar: con todo, sus ramas se extienden mucho; su hoja corresponde al tamaño de la del peral. El terreno de que se enseorea esta aromática planta forma un bosque impenetrable y tan homogéneo que no admite ninguna otra planta en su compañía: los negros la llaman mahepo, y comen sus hojas por lo que tienen de picante. Por fin, otra de las plantas que más abundan son los pimientos enanos, que crecen como en su centro por entre la hierba, y que algunos llegan á más de un metro de altura, pero son tan picantes que abrasan la lengua, y apenas pueden aguantarlo más que los indígenas, en su afición extraordinaria á lo picante y amargo.

El principal alimento de los moradores de Corisco es la yuca, que ellos llaman mebondo, raíz farinácea procedente de América. Produce un arbusto de agradable aspecto, cuyas hojas buscan y comen con avidez los animales: las raíces profundizan hasta unos setenta centímetros con treinta y más de circunferencia. Aunque se presta este tubérculo á una infinidad de guisados, el más común entre ellos es hervir las raíces, y quitada la piel, picanlas y amásanlas, formando pastas de forma cilíndrica, las que envuelven con hojas de plátano: abunda mucho. Existen también la bendda, especie de pa-

tata muy productiva: dos clases de yames ó ñames, unos rojos llamados bioma, y otros blancos, que se conocen con el nombre de bepoponí; unos y otros son bastante duros y se prestan poco para el guisado.

Las plantas de mayor valía son sin duda las que importaron los europeos, sobre todo los presbiterianos de América que arribaron á esta isla hace unos cincuenta años. Verdad es que al abandonarla se llevaron también las plantas que habían traído, pero quedaron algunas de éstas confundidas entre otras silvestres, que basta para darnos una idea de lo que podrían producir, si se les favoreciera con el auxilio de la agricultura. De esta clase son, por ejemplo, el coco, llamado también mehanga; produce extraordinariamente: el naranjo (bolohi): limonero (lahalohole): el árbol del pan; el mango; la caña de azúcar (menjoco); el algodón (bebudi), que prueba muy bien en este terreno. La piña de América (manga), la guava, el maíz (poti), alubias, moniatos, berengenas, cacahuets valencianos, huinina, etc. Parece que habría de dar excelente resultado el café, cacao y tabaco, pues las pocas plantas que se ven en aquellos alrededores, tienen una lozanía poco común. Por último, la planta que tiende á invadirlo todo es el bambú de la India, importado también de la América. Esta planta (caña) tiene de veinte á veinticinco metros de elevación, y de treinta á cuarenta centímetros de circunferencia, y forma tales cañaverales y tan apiñados, que es casi imposible derribarlos; ni el fuego puede con ellos por ser tan verdes. El que servía de asta para la bandera nacional, se remontaba como una torre regular.

Respecto de animales grandes es muy pobre la isla: el único que allí se encuentra entre los cuadrúpedos es la cabra. Fieras no se conocen; la culebra es el animal más temible por su voracidad: las hay de distintos tamaños; se han visto de cuatro metros de largo y no más gruesa que la muñeca, y se han presentado algunas de unos dos metros nada más, pero de un grosor extraordinario. Los demás bichos propios de aquellos climas aparecen raras veces. Lo que abunda sobremanera é inundan los bosques y las mismas casas, son las ratas y hormigas, las hay á millones.

En Corisco como en Europa abundan las gallinas y los huevos, y son objeto de comercio para las mujeres, que los venden á ocho reales docena. Hay también algunos patos, palomas grandes y loros; y por supuesto que no han de faltar gorriones, si bien que llevan otro traje que en Europa; son bastante amarillos, mas aunque disfrazados de canario, se les conoce por la voz y por sus modales algo bruscos.

La población de Corisco asciende poco más ó menos á mil habitantes con un centenar de esclavos: todos los cuales residen en los veintiséis pueblos siguientes: Evangesimba, Maluku, Plato, Upé, Ulato, Evendo, Ngweyogo, Ngelapindi, Gobe, Ngebe, Elwa, Lembue, Nanda, Ngaña, Longuagani, Cotto, Elombue, Ibenga, Mecomba, Bebudu, Noudo, Mogani, Ibina a maye, Ngebe-yaiuedo, Magane-maoba y Komba. El idioma propio de la isla es el benga, de sintaxis muy complicada, y algún tanto el inglés, que les ha dado entrada

para relacionarse con los factores europeos, adquiriendo conocimientos muy nocivos por cierto, pero que les colocan sobre todos los negros del continente. Respecto á trajes, gastan muy poco lujo; en general se reduce á unas simples enaguillas que les cubren desde la cintura hasta el tobillo, rodilla ó algo menos, según el estado de su fortuna. Los jóvenes frecuentemente las llevan con cierto aire de vanidad, y los más presumidos se ponen camisa planchada y sombrero: los que se dedican al comercio tienden á imitar á los blancos, vistiéndolo pantalón, levita, blusa, sombrero de todas clases y formas, y en suma todo cuanto pueden adquirir en las factorías, que por cierto hacen su agosto.

¿De dónde procedieron estos indígenas? Según el reverendo P. Salvadó, en sus profundos estudios sobre Corisco, de la tribu llamada benga. Entre las innumerables, dice el citado Padre, que se cuentan en el África Occidental, desde el río Eíyo, país de Benita, hasta el río Gabón, se hicieron notables por su espíritu guerrero y conquistador los bengas, rapukus, mapangas y balengues hasta el río Moony; los opongues, bicos, bondemas, bohevas y pangues hasta el río Gabón. Siempre ha sido muy común entre las tribus nómadas el espíritu belicoso, y su afán de ocupar, sin más derecho que el de la fuerza, los terrenos más próximos á la costa, por las ventajas del comercio con los europeos. Esto es lo que ha practicado la tribu más numerosa, guerrera é imponente, á la par que bárbara y atrevida de los tango ó pangües, que con su audacia se ha hecho dueña de un territorio inmenso, desalojando de él á sus moradores.

Otro tanto acaeció dos siglos antes con las tribus fuertes y guerreras del Ikickis (hoy Itemus), que se apoderaron del país de Batanza, ocupado por los bengas, teniendo éstos que correrse á lo largo de la costa hasta las orillas del Moony.

Respecto al modo como pasaron á establecerse en Corisco, es tradición que tres individuos bengas, llamados Vilié, Divué y Gabengue, empujados cierto día por una furiosa tempestad, llegaron á descubrir las islas de Corisco y las dos Elobey, y resolvieron ocuparlas con sus respectivas familias, en esta forma: los Viliés á Corisco, los Divué á Elobey Grande, y Gabengue á Elobey Chico; así lo contaba un anciano llamado médico y por otro nombre el Patriarca de la isla, que daba á entender era el último vástago de la familia Vilié.

He aquí el origen de estos isleños, indolentes hasta lo sumo, é indiferentes para todo lo que no sea de interés personal. Por lo común son altivos, iracundos, vengativos y de carácter independiente: no perdonan la más leve injuria ó falta de atención.

Triste condición de las mujeres pamues

De una carta que el Rdo. P. Manuel Malleu, C. M. I., escribe desde cabo San Juan, el 28 de Octubre de 1893, á unas personas bienhechoras, extractamos lo siguiente:

ME dirijo á Vds. para notificarles que hemos recibido los vestidos y demás objetos con que se han dignado favorecer á esta Misión, y al mismo tiempo para ponerles de manifiesto nuestro más sincero

agradecimiento y el de nuestros morenitos, que no saben corresponder sino con el lenguaje del amor y con las súplicas que como suaves aromas elevan hasta el trono del Cordero, orando por sus bienhechores. Bien persuadidos están Vds. de lo que nos dice San Pedro Crisólogo, que la mano del pobre es la bolsa donde recibe Jesús las dádivas de nuestro amor; y el mismo Jesucristo nos dice que toma como hecho á sí cuanto hagamos en la persona del pobre. Y ¿quiénes más necesitados que estas gentes? ¡pobres morenitos! negros en sus cuerpos, y más negros en sus almas antes que se conviertan.

Si nos paramos á examinar el hogar doméstico, lo encontramos destituido de esas leyes que la Religión cristiana llevó al seno de las familias y forman su sostén y su concordia. El hombre es un tirano y la mujer su esclava: el hombre sólo se dedica á la caza ó á roturar algunas veces el bosque; el cuidado de la mujer consiste en plantar, cosechar, y finalmente preparar los plátanos y yucas, que forman la base de su alimentación. El hombre es libre, y la mujer, al tomar estado, es tratada como un mulo cuando se vende en la feria.

Voy á referirles lo que ha sucedido á un joven católico de esta Misión, y con esto se formarán idea cabal de lo que voy diciendo. Hace como un año que pretendía tomar estado, y comenzó á dar al padre de su esposa los objetos que para tales casos se acostumbra regalar. Cuando llevaba unos, le pedía otros; y cada vez estaban más hambrientos. Viéndose el joven sin recurso alguno, ha acudido á esta Misión, y hemos tenido que valernos de la influencia de que gozamos entre ellos, de otra suerte no sé cómo la hubiera comprado. Mañana ó quizá esta tarde tendremos el consuelo de recibir á la joven catecúmena; el pueblo en masa se está preparando con la solemnidad de costumbre. La atavían de pies á cabeza, adornando su cabeza con un gorro ó capillo hecho de botones de camisa; de la membrana de la nariz pende un hilo lleno de abalorios hasta las orejas; su cuello lo hermean con collares de metal amarillo, y sus brazos y sus piernas ostentan un sin número de brazaletes de cobre: dispuestas todas las cosas, emprenden la marcha hasta la vista de la casa del cónyuge, donde prorrumpen en aclamaciones, vivas, salvas y demás algazara propia de salvajes, terminando la función con un convite y con un baile muy inocente. Los objetos entregados por esta catecúmena son los siguientes: cubitas pequeñas de polvo, 32; manchetes (instrumentos de labranza), 44; escopetas, 12; telas de unos tres metros indiana, 26; ollas de hierro, 14; barras de hierro de vara y media de larga (dinero pamue), 10; cajones ó cofres, 13; lanzas pequeñas, 100; cuchillos, 22; un duro de tabaco, dos pesos de caña (licor); 2 jarros ó cántaros; 3 sombreros finos y alguna cosilla más.

A pesar de costar tanto la mujer, todas las aspiraciones de estas desgraciadas tribus son el procurarse muchas, cuántas más mejor; así pasan la vida más regalada, y como quiera que aun teniendo y brindando con semejantes objetos no puedan conseguirlas, acuden al inicuo medio del robo. Pocos días ha que habíamos entrado en relaciones para redimir una niña, y cuando más segura nos parecía tenerla, vinieron los pamues de

otra población y la roban; sus padres para no tener pendencias admitieron las ofertas de su inicuo raptor. Por lo dicho podrán comprender cuán digna es de compasión la mujer. Si le cabe en suerte un marido cruel y bárbaro, que tiene el atrevimiento hasta de poner en ellas sus violentas manos, ¿qué partido tomarán? causa lástima entre los pamues, por ser la raza más salvaje y más violenta. Pocos días ha se refugió en ésta una desventurada mujer que escapaba de las iras de su esposo que tenía el atrevimiento de herirla con un machete: no bien hubo llegado, cuando una comitiva de gente armada de fusiles vino en su seguimiento. Corrió mucho riesgo su vida, y nosotros, á pesar de nuestra gran in-

nado la Misión, en la que se han confesado unas *ocho mil* personas, quedándose allí el señor Obispo visitador para confirmarlas, y los PP. Fr. Miguel Ramírez y Fr. Antonio Pértica para confesar los que todavía van llegando de los lugarcitos y caseríos vecinos que llaman *estancias*.

Mancos es un pueblecito de indios, centro de otros pueblecitos y caseríos: está, como he dicho, á tres leguas de Carhuas, donde hemos terminado la Misión, y á una legua de Jungay, donde la vamos á comenzar; de suerte que nuestra tarea en este lugar se reduce á preparar la gente para hacer una entrada la más entusiasta en Jangey, y dejar esta sencilla gente bien impresionada y



JAPÓN.— El *djinrikisha* (cochecillo de mano). (Pág. 22)

fluencia y del temor grande que nos tienen, más que si estuviéramos rodeados de cañones, llegamos á temer ser envueltos por las balas en nuestra casita de delgada tabla...

PERÚ

Una Misión en los Andes.—Fervor de los indios.—Procesión magnífica

Desde Huaraz escribe el Rdo. P. Esteban Pérez, misionero franciscano, en Septiembre de 1892:

Los RR. PP. Misioneros Fr. Bernardino Urdangarín, Fr. María Manrique y un humilde servidor, nos encontramos en este pueblecito de Mancos, distante tres leguas de Carhuas, donde hemos termi-

perfectamente dispuesta para recibir á S. Ilma. el señor Obispo, que los viene á visitar y confirmar.

Tenemos como dos mil personas y disponemos de sólo tres días; pero tenemos completa seguridad de que los que no puedan confesar aquí lo harán en el próximo pueblo de Jungay, á donde vamos á ir llevando la santísima Virgen Misionera en espléndida procesión.

El camino se presta admirablemente á nuestro objeto, y tal es así, que dificulto haya otro lugar en el Perú y muy pocos en el mundo que presenten panoramas tan sublimes y encantadores como los que aquí se contemplan.

Esta parte ó departamentos del Perú, denominado *Callejón de Huaraz*, lo forman las dos inmensas cordilleras de los Andes, que separándose al Sud de Cajatambo recorren paralelas, cual enormes rieles de ferrocarril celeste, toda la extensión de este departamento

hasta las alturas de Pallasca, donde se reúnen y confunden. El espacio comprendido entre ambas cordilleras forma el hermoso y pintoresco Callejón, surcado en toda su extensión por el río Santa, que nace en el pequeño lago de Lonococha, y después de un trayecto de sesenta leguas por esta escogida región de la sierra, saltando al fin por entre peñascos y precipicios, pasa besando los pies de los cerros de Huaylas á la costa, y va á desembocar en el Pacífico.

Una serie no interrumpida de vistosos caseríos, rústicos pueblecitos y risueñas campiñas, regaladas huertas de árboles frutales y frondosos plantíos de caña dulce, componen la parte llana del Callejón. Las laderas de los Andes están cubiertas de sembrados de trigo, cebada, centeno y toda clase de cereales; parecen medidas geodésicas de la modesta propiedad que posee cada una de las familias de indios que viven en esas alturas; y más arriba, mucho más arriba, en empinadas cumbres que parecen amenazar caer y desplomarse desde las nubes hasta el fondo de los valles, es donde los Andes ostentan sus más elevados picos cubiertos de eternas nieves, como el Huascarán de Jungay, que tiene 6,721 metros sobre el nivel del mar, ó sea 194 metros más que el célebre Chimborazo; el cerro de Huandoy, sobre Carás, que tiene 6,428 metros, y el Hualcán, sobre Carhuas, que mide 6,081 metros.

Figúrese ahora el lector cuál será el espectáculo de una procesión de miles y miles de personas que con infinidad de banderas, con variedad de músicas y cantos populares, con toda suerte de piadosas manifestaciones recorre con la Reina de los Angeles y de los hombres, á quien lleva en religioso triunfo, esta poética calle cuyas paredes las forman esos Andes, verdaderos gigantes de la creación terrestre, con sus cabezas perpetuamente blancas por la nieve, sus cuerpos cubiertos de ricas y doradas mieses, y sus pies envueltos en alfombras de verdor inimitable, salpicado con toda clase de flores.

Sería preciso venir aquí, sería necesario contemplar extático estas grandezas de la creación, sería indispensable gozar de este magnífico espectáculo para sentir con el corazón henchido de gozo los conciertos inefables de la Religión y de la creación. Hay cosas que se pueden contemplar y gozar, mas no explicar.

Los habitantes de Mancos, sencillos moradores de esta región privilegiada, entusiasmados con la primera Misión que habían visto en su vida, y más entusiasmados todavía porque con la Misión venía el señor Obispo, al que jamás habían conocido, dieron rienda suelta á su proverbial generosidad y acendrada buena fe, mediante los esfuerzos y santos ardides que usamos para con ellos los Padres misioneros.

Tres días tenemos disponibles, como he dicho, para realizar nuestro programa; el trabajo es inmenso. He aquí como lo llevamos á efecto:

El Rdo. P. Urdangarín, valiente y alentado guipuzcoano, predica en la plaza pública por no haber la gente en la iglesia. El Rdo. P. Manrique, insigne predicador peruano y hábil misionero, destinado según parece á ocupar un lugar distinguido en la Iglesia de su patria, se encarga del adorno del templo, iluminación y música, y demás preparativos de fiesta tan extraordinaria. Yo y el Hermano lego que nos acompaña, pre-

paramos la imagen de la Santísima Virgen en la casa de la Misión y los cohetes y salvas que deben hacerse en la hora señalada.

Extraños preparativos parecen éstos para una Misión, pero aquí, entre estas gentes y estas circunstancias, la Misión ha de ser algo singular y rara para que produzca los saludables efectos que, gracias á Dios, produce en estas buenas almas. En dos días habíamos confesado casi *more moribundorum*, y no es posible hacerlo de otra manera, á la mayor parte de la gente. El tercer día los sorprendimos con la siguiente manifestación de opuestos sentimientos. Al terminar el P. Urdangarín su terrible sermón sobre la penitencia, con el Santo Cristo en una mano y grandes cordeles en la otra, quitados los mantos y capillas hicimos pública disciplina los tres Padres Misioneros, y la gente á nuestra imitación, y hondamente conmovida por el sermón, hacía lo mismo.

Esto se realizaba en la plaza pública. Las puertas de la iglesia estaban cerradas. El P. Manrique y un servidor nos habíamos retirado con disimulo. El pueblo, conmovido y angustiado por el arrepentimiento, continuaba haciendo penitencia, animado al mismo tiempo con las fervientes arengas del otro Padre misionero.

De improviso llama el Padre predicador á la Virgen Misionera. Sacamos de la casa, conducida en andas, con profusión de luces, á la lindísima imagen de María, que llevamos para este objeto en nuestras Misiones, razón por la cual la llaman estas buenas gentes la Virgen Misionera, la Mamita de las misericordias, la Señorita del cielo, y con otros títulos semejantes.

Al verla, los penitentes moradores de Mancos sintieron sin duda abiertos de par en par sus blandos corazones á la más dulce esperanza. La llamaban con lágrimas y suspiros más que con palabras. Al llegar la Virgen Santísima á las puertas del templo, se abren éstas de improviso, y merced á lo arreglado por el Padre encargado del templo, aparece el altar mayor con infinidad de luces y de adornos; rompe el silencio la banda de música preparada de antemano en lugar escondido, los sagrados bronceos llenan el aire con alegres repiques, los cohetes y salvas atruenan los alrededores del templo; entra este dichoso pueblo con la imagen de María en la iglesia, y todos desahogamos nuestros corazones con cánticos de alegría y regocijo.

Al día siguiente, bien temprano se saludó la aurora de tan singular fiesta. Casualmente nos tocó el 8 de Septiembre, día de la Natividad de Nuestra Señora. Se cantó la Misa, hubo Comunión general, se dieron las debidas gracias, y tomando un parvo desayuno se ordenó la procesión á Jungay.

Ya conocen los lectores, siquiera en bosquejo, el camino que he descrito; agréguese á todo ello las capillas ó pequeñas iglesias que á uno y otro lado del trayecto tienen los indios, capillas dedicadas á los Santos de su devoción. El camino de Mancos á Jungay es ancho y recto, como una de las carreteras de nuestra España, con abundancia de árboles á los lados y multitud de casas que hacen más bien una calle de edificios y jardines que una carretera.

La procesión salió de Mancos á las ocho de la mañana y llegó á Jungay á las doce del día. Desde la salida

de un pueblo hasta la entrada en el otro no cesaron los cohetes, salvas, músicas y cánticos. El suelo en toda la travesía estaba cubierto de flores, y de trecho en trecho había arcos triunfales. A cada paso se nos unía alguna pequeña procesión de indios é indias que venían á asociarse á la gran procesión con sus respectivos Santos ó imágenes de sus capillas. Así se deslizan los arroyuelos de las vertientes de las montañas y se reúnen y surcan para formar los grandes ríos. Entraríamos en Jungay más de ocho mil personas, y saldrían á recibirnos como cuatro mil, con las Autoridades y el clero. Las bandas de música se habían dado cita, y tocaban como á competencia las de unos pueblos con las de otros; los cánticos de júbilo salían de todas las lenguas como emanación espontánea y ardientemente fervorosa de un solo corazón confundido. Las banderas, los arcos, los adornos y decoraciones de esta población fueron muy superiores á lo que referí en mi anterior hablando de nuestra entrada en Carhuas.

Jungay es una de las más importantes y hermosas poblaciones de este departamento, y la entusiasta cuanto magnífica recepción que ha sabido hacer á la santa Misión, no indica lo mucho que con la gracia de Dios se sabrá aprovechar de un favor tan singular como el que el cielo le envía. Así se lo hemos anunciado en la gran plaza pública, cubierta materialmente como por un diluvio de cabezas, plaza donde ha terminado la espléndida procesión de que le he hablado en la presente, y donde ha comenzado la Misión de que, Dios mediante, le hablaré en la siguiente.

ECUADOR

Paso del Condor.—El páramo.—Disposiciones para fundar una Misión

El Rdo. P. José Vidal, misionero franciscano, escribe desde Loja en Enero de 1893:

DESPUÉS de dos días de descanso partí para Loja con el objeto de adquirir algunas cosas para la Misión y pasar al mismo tiempo la Semana Santa. Este viaje lo hice por la vía del Condor, que es muy difícil y peligrosa en tiempo de páramos.

En este país entienden por *páramo* no tanto las mesetas ó altiplanicies de los Andes en donde la vegetación es nula, y que en el Perú llaman *puna* y en el Ecuador *puna* ó *páramo*, sino principalmente una lluvia menuda, fina y fría que muchas veces cae en forma de granizo muy diminuto. El modo vulgar de expresarse es: «En la cordillera cae el páramo, paramea.» Si las nubes se hallan muy movidas y agitadas por el viento, se dice: «La cordillera está brava, el páramo es furioso.» Tratándose de la cordillera y nudo del Condor cuando el páramo se arrastra por la cumbre, es, como he dicho, sumamente peligroso el tránsito. Uno de los peones que me acompañaba me indicaba los sitios en donde se hallaban sepultados los que habían muerto sorprendidos por el páramo. El único medio para evitar la muerte cuando uno se halla envuelto por este meteoro, es no pararse; hacer, como vulgarmente se dice, de tripas corazón; andar, andar siempre, no obs-

tante el cansancio y la fatiga, porque al parar ó descansar, si uno se sienta ó se echa es para no levantarse, pues el sistema nervioso se contrae, se paraliza, ó como dicen los naturales *se engarrota*; el valor decae, el espíritu se rinde y el sujeto perece. Fenómeno es este que no he podido explicarme satisfactoriamente. ¿Es el frío lo que mata? El termómetro centígrado, en medio del páramo nunca llega á cero; cuando más en mis observaciones ha descendido á 4° sobre cero. ¿Será la altura, que mide 8,400 metros? Yo he cruzado los Andes á mayor latitud y á una altura de 5,000 en iguales condiciones de páramo, sin peligro alguno y con una temperatura de 3° bajo cero. ¿Cuál es, pues, la verdadera causa de este fenómeno? En una de las excursiones que hice para estudiar el paso de la cordillera que ofreciera más seguridad, me fué preciso ascender á un sitio algo más al Sud y más elevado que el Condor. Había sólo movimiento de nubes sin lluvia, y no obstante la fuerza de voluntad tanto de los que me acompañaban como mía, no pudimos resistir por cinco minutos el choque de la nube sin ampararnos al abrigo de un cerro. El centígrado marcaba 6°. Si el arrojo y temeridad nos hubiesen impulsado á luchar contra el meteoro, probablemente habríamos sucumbido, y sucumbido de frío. En vista de lo expuesto, repito, que no sé cómo explicar los fatales resultados del fenómeno. Los meteorólogos cuando lo estudien se encargarán de hacerlo.

Si al viajar por esta vía puede evitarse el páramo, emprendiendo el viaje en tiempo sereno, no se puede evitar el cansancio y la fatiga, por ser las vertientes de la cordillera largas y empinadas. Al partir de Santa Ana para Loja se halla la famosa cuesta de Mátala, que, como su nombre indica, rinde al más intrépido. Empieza en el Sabanilla, y desde el plano de este río hasta el punto culminante, al que es necesario ascender, forma un ángulo que se aproxima á los 50°, y con una altura sobre el referido plano de 1,610 metros. El camino, si así puede llamarse la senda por la que se viaja, es una serie de precipicios y derrumbaderos. Ya en la cumbre del Mátala es preciso subir y bajar nuevos cerros que se levantan en la cordillera, y que por su orden, partiendo de Santa Ana, denominan Pucará, Condor, Huagra y San Francisco. Desde Mátala hasta descender la vertiente occidental del San Francisco hay la distancia de cinco leguas, y es el trayecto más peligroso en tiempo de páramos, y como éstos en ciertas épocas del año son muy frecuentes y duran algunos días, y por otra parte, aun cuando se emprenda el viaje en tiempo sereno, basta media hora para hallarse envuelto por el meteoro de que estoy hablando, como me ha sucedido á mí en dos de los tres viajes que hice por esta vía, de aquí la urgente necesidad de hallar un camino ó paso más factible y seguro, y ese, como he dicho, es por el río de San Francisco; pues si bien un poco más largo, se podrá, no obstante, viajar con seguridad todo el año.

Después de tres días de penosa marcha llegué á Loja. Era el Martes Santo, y el lunes de Pascua resolví regresar á la Misión para dar la última mano á la obra iniciada. Me acompañó el P. guardian del colegio fray Francisco Ercilla, que deseaba conocer el territorio de la Misión. Pernoctamos cerca de la falda del Condor, y como lloviera por la noche, el P. Ercilla fué atacado

de un fuerte reumatismo en la pierna derecha que le impedía todo movimiento en la articulación de la rodilla. Así, con esta molestia, fué necesario proseguir el viaje, si bien con alguna lentitud, llegando á Santa Ana á los tres días de nuestra salida de Loja.

Terminadas algunas obras, y restablecido el P. Ercilla del reumatismo por la benignidad del clima, volví á Cumbarasa para ver si los salvajes habían empezado los trabajos para la nueva fundación. Sólo fuimos el Padre Guardián y yo, Chuira y un peón; la canoa, dirigida por estos últimos, se deslizó con mucha seguridad por el Zamora, y llegamos á Cumbarasa sin accidente alguno. Tuve la satisfacción de ver que los jíbaros habían rozado el ámbito de la plaza, y preparaban el lugar para construir la casa y capilla para los Padres. Los salvajes me advirtieron que para practicar el roce esperase hasta el verano, en que rara vez llueve, porque

entonces en pocos días el roce se seca y puede quemarse, mientras que ahora es muy laborioso á causa de las frecuentes lluvias, y aunque quieran no pueden dejar el terreno limpio. Accediendo á observación tan justa y fundada, les supliqué, sin embargo, que á lo menos cortaran los árboles más corpulentos, y después el roce les sería más fácil; prometieron practicarlo así, y permacimos un día entre ellos.

A las cuatro de la mañana del día siguiente vino Chuira á despertarnos con una sequedad poco acostumbrada en él. Sin preámbulo alguno nos dijo:

—*Levantando, comendo, andando*, y se retiró.

Nos levantamos, tomamos una taza de café, y reservando otra para Chuira que la tomó de muy mala gana, preparamos el equipaje en la canoa, y serían las seis cuando emprendimos el viaje de regreso. Al poco rato vimos una pava, ordené á Chuira hacer alto para matarla, y me contestó:

—*No, andando*.

Nuestro hombre estaba de mal humor. A las diez le dije que parase para comer: tampoco quiso, y me contestó:

—*Andando, andando*.

Pasamos frente de su choza, y salieron á la orilla dos de sus mujeres con sus hijos, que lo llamaban: nuestro hombre ni siquiera se dignó mirarlos. Entonces le dije:

—*Tú mucho incomodado, mucho malo*.

—*¿Cómo conociendo?* me replicó.

Le manifesté que estando en la orilla sus mujeres é hijos no les decía nada, y no quería parar para comer.

—*Yo mucho sabiendo*, me repuso; *tú no sabiendo, andando*.

No pudiendo conocer la causa de tan extraño proceder, nos dejamos á su voluntad. El trabajaba como un desesperado, y esto nos quitó el temor de alguna celada. A las cuatro llegamos al fondeadero de Santa Ana, y nuestro hombre recuperó su jovialidad habitual. Le reconvine, porque nos había tratado con tanta dureza sin permitirnos comer. El, creyéndose en esta ocasión superior á nosotros, me dijo:

—*Yo mucho sabiendo, mira*.

Y me señaló el río, cuyas aguas se hinchaban por una fuerte avenida: en la noche él había observado una tempestad en la cumbre de la cordillera, y calculó con bastante precisión



DOS GUINEAS — Ranake, rey de Lambarané. (Pág. 9)

la hora en que debía engrosar el río, y de aquí el no querer perder un minuto para llegar á Santa Ana antes que la creciente lo impidiera. ¡Así son estos pobres salvajes! no pierden la ocasión, si se les presenta, de manifestar superioridad sobre los demás. A nosotros pertenece el aprovechar esta especie de orgullo para estimularlos á la adquisición de nuevos conocimientos.

LA MISIÓN DE DOS GUINEAS Y LA ESCLAVITUD

POR UN PADRE DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO
Y SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA

IV

La esclavitud en Gabón

EN Ogowé solamente, desde N'dyolé hasta Lambarené hay mil quinientas niñas de cuatro á doce años, y diez mil mujeres, y su condición es de las más miserables. No son menos numerosos los pahuinos

bulos, se inmola á mujeres ancianas, que luego asan ó empalan.

Los tratantes de Denis conservan sus antiguas relaciones con los habitantes del Ogowé, y proveen á los mpongües y los bengas de los esclavos que necesitan.

El esclavo tiene que cultivar los campos, llevar todos los días el alimento y la leña á su amo, prepararle los bambúes, los bejucos, las estacas y todo lo indispensable para construir su vivienda.

A él incumbe asimismo derribar los árboles del bosque, desbrozar y plantar, sin que se le dé retribución alguna. Si quiere comprar un tonelete, tiene que ingeniarse con algunas industrias particulares, y aun entonces el dueño se apropia lo que se le antoja puede corresponderle, esto es, casi todo.

Mata, por ejemplo, una gacela ó un jabalí; pues bien, las tres cuartas partes del animal han de ser para el amo, y aun del resto se hacen varias particiones. Como si todo esto no fuese bastante, con frecuencia sufre golpes, el secuestro, la privación de alimento y por último el veneno.



DOS GUINEAS.—La Misión de Santa Ana en Fernán Vaz

en Komo, Mun, Mondah, Bilagone, Remboe y Boindo.

No se organizan ya en Gabón expediciones para cazar esclavos, y las tribus de los adumas, akoas é ivills no se ven ya diezmadas como en otro tiempo por la horrible trata. En Librevilla especialmente y en los puntos próximos á las Misiones, felizmente no se inmolan á docenas los esclavos como en otro tiempo á la muerte de los jefes, de sus mujeres ó con ocasión de un casamiento, etc. Tan consolador resultado débese á los ilustrísimos Bessieux y Le Berre, protegidos y poderosamente auxiliados por los gobernadores de la colonia.

Por desdicha, á tres ó cinco leguas de Librevilla, hacia el interior, hay muchos *ompinidis*, aldeas de esclavos donde residen medio centenar de estas infelices criaturas. A veces, especialmente entre la raza de los

Los golpes

Los dan con una correa de hipopótamo endurecida al sol, que tiene dos ó tres ramales, con nudos en los extremos. Cada vez que el instrumento, blandido por un amo feroz, cae sobre las espaldas del infeliz esclavo, arranca un pedazo de carne. El lugar propio de esta especie de látigo es la cama del gabonés cuando está acostado, y la mesa cuando come: es su constante compañero, y nunca lo abandona ni en casa ni de viaje. Con frecuencia un esclavo ó un niño lo lleva tras él á donde quiera que vaya. Por una ligerísima falta involuntaria, como cuando agobiado por la carga queda el esclavo rezagado, aplica diez latigazos, y de veinte á cien por una leve desobediencia, un plato roto ó una pipa perdida.

En las espaldas, la cara ó el pecho de todas las pa-huinas ó esclavas se ven las señales del aquel instru-mento, ó cicatrices de heridas causadas con navaja, ó quemaduras con hierro enrojecido al fuego. Con fre-cuencia los misioneros tienen que curar á infelices de tal suerte martirizados. Llegan desfallecidos y ensan-grentados de la cabeza á los pies. En las aldeas se cu-ran con aceite de palma ó del godrón, con que se frotan todo el cuerpo.

El secuestro

El secuestro es terrible: consiste en poner una pesa-da cadena al cuello ó á la cintura del paciente, al mis-mo tiempo que le introducen el pie en un árbol agujerado, y le atan las manos á la espalda con sólidos be-jucos. En esta posición no pueden hacer movimiento alguno, ni levantarse, ni acostarse, ni volverse á la derecha ó á la izquierda.

Todos los miembros se entumescen y quedan sin mo-vimiento: da el infeliz gritos horribles: trata de levan-tar el tronco de árbol que pesa sobre sus pies, se re-tuerce para romper los bejucos que le sujetan las ma-nos, muerde la cadena con los dientes, implora la piedad de los transeúntes y de su amo, y con frecuencia no logra otra cosa que sarcásticas burlas de éste y al-gunos palos. Los infortunados permanecen semanas en-terras en tan terrible posición.

El veneno

El veneno jugaba en otro tiempo gran papel entre amos y esclavos, y ahora mucho más, pues los gabone-ses, por temor á la policía, no se atreven á martirizar á los esclavos, enterrarlos vivos, henderles la cabeza ó asarlos. Estos hechos son muy raros; pero so pretexto de recompensar á un anciano que ya no puede servirles ó á quien temen, ocurre todos los días que le dan un vaso de aguardiente envenenado.

Sorprende á veces ver á los esclavos con la mirada vaga, la boca abierta, la cabeza constantemente incli-nada hacia el suelo, y hablando cosas incoherentes. To-do esto es debido al breva envenenado que les da el dueño para embrutecerlos y evitar que traten de fu-garse.

A cada momento se les hace pasar por la prueba del *mbundo*. ¿Ha muerto alguien en el pueblo? Pues en el acto los fetiquistas acusan de envenenamiento á cinco ó seis esclavos, y cada uno se ve obligado á beber un vaso de aquel líquido, y al que cae se le considera cul-pable. El *mbundo* es un arbusto de un metro ó más de altura que se encuentra en el bosque, y cuya raíz con-tiene un violento veneno. Hay esclavos que lo beben á menudo, y así no es extraño que su salud quede en breve completamente quebrantada.

El esclavo al fin de sus días

Cuando, inútil y sin fuerzas, no puede ya prestar servicio alguno, el infeliz esclavo queda completamente abandonado. Su presencia en poblado excita repulsión, y lo internan en el bosque, donde lo dejan solo debajo

de un árbol, sobre el desnudo suelo, sin estera, ni abri-go, ni fuego, ni alimento, y luego... todo concluyó. En vano se buscaría quien cuidase de él.

En breve las hormigas se pasean por todo su cuerpo, las moscas y mosquitos beben la poca sangre que le queda, pululan los gusanos en sus llagas, y multitud de insectos se regalan con el pus infecto, mientras el in-feliz, sufriendo un martirio sin nombre, sin alivio y sin esperanza, exhala el postrer suspiro. Allí púdrese su cuerpo, que es presa de las panteras y buitres.

Hospitales

Los hospitales de Librevilla y de Santa María reco-gen y atienden á gran número de estas desdichadas criaturas. En este último el H. Enrique cura con maternal solicitud las llagas más asquerosas. Más de un misio-nero, y el que escribe estas líneas en particular, no podía presenciar la operación sin sentirse vivamente afectado; mas el excelente Hermano, habituado á tales horrores, continuaba tranquilamente su tarea.

¿Queréis ver leprosos? No faltan en casa del Herma-no, quien los cuida como á los demás: unos padecen de elefantíasis, otros tienen los pies gruesos como un tam-bor ó la cabeza roída por terrible cáncer: no faltan mu-dos, ciegos, tísicos, y especialmente multitud de niños atacados de la enfermedad del sueño, contra la cual no se conoce aún remedio alguno, y que arrebató la sexta parte de los niños africanos.

Finalmente el *arador*, el *pulex penetrans*, roe los dedos del pie y aun todo este miembro, á muchos en-fermos, á quienes deberá cuida nuestro Hermano.

Sor San Carlos, tan elogiada por Barret, hace en Li-brevilla lo que dicho Hermano en Santa María. *Si Char-les*, como dicen los negros, es la providencia de los es-clavos. Nada la detiene, ni el sol, ni la lluvia, ni los bosques, ni las montañas, ni los ríos, ni la noche. Se la ve por montes y valles para llevar á algún infeliz cojo y abandonado un pedazo de yuca, asistiéndole horas enteras y preparándole para recibir el Santo Bautismo.

Cierto día iba muy lejos, bajo un sol de plomo, á vi-sitar á un enfermo: un río le intercepta el paso: ¿qué hacer? Descalzarse es obra de un instante, y se prepara á entrar en el agua, en la que pululaban cocodrilos y caimanes. Un oficial de marina que se encontraba allí la contuvo, diciendo:

—¡Hermana! ¿qué va V. á hacer? ¡Estos terribles cocodrilos pueden devorarla á V.!

—¡Oh, caballero! no puedo detenerme, pues mi en-fermo necesita pronto auxilios.

—Aguarde, pues, Hermana; voy á pasarla á V. en hombros.

—Nada de esto: V. se expondría á ser devorado co-mo yo: présteme V. solamente sus botas.

Y he aquí á la buena Hermana calzándose las anchas botas del generoso oficial y cruzando con rapidez el río. Los cocodrilos, refiere el testigo, se mantuvieron quietos.

La falta de recursos no nos ha permitido fundar en las Misiones del Ogowé, de Fernán Vaz, de los Adu-mas, de Donghila, etc., hospitales como en Gabón. Los esclavos enfermos son también en aquellos puntos muy

numerosos; y todos los días, mañana y tarde, asedian la habitación del misionero, pidiendo unos un purgante ó un vomitivo, y otros curas y medicamentos para toda suerte de enfermedades. A los más graves los visitamos á domicilio. ¡Ah, si en todas las Misiones pudiésemos instalar hospitales como en Librevilla, cuán copiosa sería la cosecha de almas!

EN DAHOMEY

El Rdo. Courdioux, antiguo misionero en Dahomey, nos comunica la interesante relación que va á leerse. Aunque de fecha atrasada, no ha disminuido su importancia, atendida la insuficiencia de los documentos geográficos sobre el interior del terrible país de los sacrificios humanos.

PARTÍ de Whydah, para mi primer viaje á la capital, el 30 de Septiembre de 1848, acompañado de doce camilleros, algunos *moces* ó servidores en clase de intérpretes, y los bagajeros indispensables para llevar las provisiones y los regalos que debían hacerse al rey de Dahomey y á algunos jefes.

A las ocho de la mañana atravesé el pueblo de Savi, administrado por un *cabecera* ó jefe.

A las diez llegué á Tobi, localidad algo más importante que la primera, cuyo jefe está autorizado para montar á caballo en sus viajes, y tiene el derecho hereditario de hacerse transportar en hamaca.

Cada cinco días se celebra en este pueblo un mercado, en el que los habitantes de Whydah cambian pescado seco y diversas mercancías por aceite de palma, calabazas y vasijas de barro, que revenden en el mercado de Whydah.

Salí de Tobi á las dos de la tarde, y á las cuatro llegué á Allada, donde pasé la noche. Un enviado del rey, que me acompañaba, dispuso me mostrasen el palacio de S. M., que consiste en una casa de solo bajos, rodeada con un muro, y habitada por las mujeres del rey (ahosi).

Esta ciudad es muy populosa á causa de tener residencia real, y cada cuatro días celebra mercado, aunque no tan notable como el de las poblaciones vecinas. El comercio es el mismo. Los habitantes se dedican á la agricultura cuando no están en guerra ó no asisten á las fiestas reales.

El rey únicamente viene á esta ciudad en circunstancias extraordinarias.

El 1.º de Octubre á las cinco de la mañana continué el viaje, y á las siete llegué al reducido pueblo de Antagón; á las nueve pasé por el de Henri, y á las once entré en Hebu. Me detuve hasta las tres, para evitar los excesivos calores, y á las cinco y media llegué á Acpe. Alojéronme en una casita del rey, que me abstendré de describir, pues era peor si cabe que la primera. Ofreciéronme agua y panes hechos con harina de maíz, y pasé la noche en este lugar.

A la mañana siguiente atravesé un camino pésimo, abierto en el bosque, y lleno de lodo, en el que mis bagajeros se hundían hasta la mitad de la pierna. A

las diez llegué á Agrime, cuya casa real corría parejas con las anteriores.

A la una y media entré en Cana y fui recibido en una de las casas del Kangbode, ministro del rey y encargado de sus tesoros. Esta es la antigua capital del reino de Dahomey, en la época en que este monarca era tributario del emperador de los *eyos*, que los indígenas llaman también *nagos*. Esta ciudad, de alguna consideración por habitar en ella los ministros y otros personajes de la corte, está desabitada la mayor parte del tiempo. El rey sólo reside allí un mes al año, al volver de la guerra, y para celebrar los funerales de sus abuelos. El mercado se celebra en días fijos y es poco importante. El maíz que se cosecha es pequeño y parecido al de Senegambia.

Una vez en Cana envié un bastón al rey para anunciarle mi llegada, y por la tarde recibí el suyo y el de su ministro Mehu, transmitiéndome sus saludos é invitándome á dirigirme á la capital el día siguiente.

El 3 de Octubre por la mañana presentáronme de nuevo el bastón real, fijándome la hora de la recepción. Al medio día me puse en camino, y llegué á Becon á las tres. Antes de ser presentado al rey recibí muchos mensajeros, á los que me anuncié como director de una factoría francesa. Dispararon veintiún cañonazos por el soberano y nueve por mí, como representante del fuerte de Whydah.

Después de hacer decir al rey que debía comunicarle palabras amistosas y una carta de los Sres. Regis, me hicieron dar tres vueltas á la plaza de Becon y fui presentado al rey, que se llama Guezo. Hallábase en un *apatume* ó galería cubierta de bálago, sentado en un sillón con adornos de seda.

A corta distancia de él vi á Ignacio de Souza, acompañado del gran *moce* ó criado y del indígena ex-comandante del fuerte San Luís antes de ocuparlo mi casa.

Este mismo día me presentaron á las mujeres del rey, que se mostraron muy atentas. Muchas estaban en fila en la plaza con armas y bagajes.

En esta misma plaza, casi frente de una de las puertas del palacio, se ve un árbol, en el que se iza un pabellón cuando hay discusión real, y cerca de este árbol se levanta una especie de tribuna redonda y cubierta; adornada con innumerables fetiques del rey, quien es jefe religioso y político del país. Sería fastidioso citarlos minuciosamente; así me limitaré á decir que todo lo que el monarca designa es fetique.

Desde esta tribuna distribuye el rey regalos á su pueblo, lo que se verifica en ciertas ocasiones, especialmente en la época de los funerales de los antepasados. (*V. los grabados de las páginas 16 y 17*). Por lo demás, aquí todo es ocasión de fiesta, trátese de funerales, bodas, nacimientos, etc. En todas circunstancias tiene la palabra la pólvora, y se bebe y baila.

En algunos soportes puestos en la misma plaza se exponen en las grandes solemnidades los cuerpos de los elefantes, osos, etc., muertos por las Amazonas y los soldados; lo mismo que las osamentas de las bestias sacrificadas, las cabezas de los enemigos muertos en la guerra y las de los infelices que han formado parte de los sacrificios humanos.

En Becon reúne el rey á su pueblo para arengarle y pasarle en revista para la guerra, dándoles un curso público sobre el mejor método de saquear á una población enemiga.

Al efecto divide sus tropas en tres cuerpos, el primero encomendado al Mingan, el segundo al Mehu, y el tercero toma el título de cuerpo de las mujeres del rey. Cada uno habla á su turno. Cada división pretende haber operado mejor, y con frecuencia las mujeres del rey reclaman la ventaja sobre las tropas masculinas. Estas discusiones son á veces muy animadas, interviniendo al fin el soberano dando una decisión que cierra el debate.

Cuando me presentaron al rey, brindamos bebiendo dos vasos cada uno.

Poco después el rey me hizo decir que, como estaría yo fatigado del viaje, podía retirarme. Acompañóme hasta cierta distancia, y me presentó por el camino á sus principales mujeres. Dió orden para que me condujesen á una de las casas del Mehu, destinada á los blancos que vienen de Whydah.

El 4 de Octubre por la mañana verificóse el cambio de bastones, ó sea, de nuestros saludos con el rey, sus ministros, etc.

Recibí agua; en seguida me trajeron víveres preparados al estilo del país, y un buey, regalo del rey y del Mehu para mi sustento y el de mis hombres.

Los días 5 y 6 no hubo nada de particular.



ESTADOS UNIDOS.—Exposición de Chicago.—Instalación de la China. (Pág. 22)

Siempre que el rey bebe en público, rodéanle de modo que no le vea ninguno de sus súbditos. Los más cercanos se vuelven de espaldas ó cierran los ojos, haciendo otro tanto los *moces* y las mujeres que lo ocultan á las miradas del público. Entonces todo el mundo grita.

—¡Es de noche! ¡es preciso dormir!

Hácese una salva de fusilazos, bátense los tambores, y á veces se grita:

—¡Aquel que bebe es el mayor de todos!

Cítanse sus hazañas, y cuando ha concluido, grítase de nuevo:

—¡Es de día!

Y en el momento se oye nutrida salva de fusilería, baten los tambores, y restablécese el silencio.

Envíé á pedir autorización para pasear, y el primer ministro contestó que este permiso no se me concedería hasta que hubiese obtenido una audiencia particular del rey.

El día 7, después de haber, como de costumbre, hecho saludar al rey y á sus ministros, el Mehu me previno que al medio día fuese á la plaza de Becon, donde el rey da las audiencias públicas.

Acudí á la cita, y vi la tribuna real llena de fetiquios y banderas. Presentáronme al monarca, quien me invitó á que asistiese á sus discusiones. Por la noche mandé entregar los regalos que traía para el rey, sus ministros y parte de su séquito. Advertí que aquél nunca da las gracias al donante, ni le hace referencia de haber recibido cosa suya.

Por la noche vino á verme el Mehu, quien me manifestó que mi audiencia con el rey había de celebrarse en presencia suya, y que la ejecución de las decisiones tomadas dependían de él.

(Se concluirá).

LOS INDIOS EN LAS LLANURAS DE LA AMÉRICA DEL NORTE.

POR EL RDO. P. LEGAL, MISIONERO OBLATO DE MARÍA INMACULADA

II

EL VESTIDO

VAMOS á hacer la descripción del vestido del indio de las praderas. La camisa ó hábito de piel de siervo, adornada con bordados, rocalla y franjas, junto con las polainas y calzado compone el vestido completo del salvaje. Sin embargo, no se considera decentemente vestido si no se envuelve además con un capote de piel de búfalo.

abertura por la que puede pasar cómodamente la cabeza. Por abajo cuelgan largos flecos.

Los adornos consisten en dos bandas con bordados de tres á cuatro pulgadas de ancho, sobrepuestas á lo largo de cada manga, y de otras dos bandas del mismo género que pasan por los hombros. La pieza que sirve de pechera está adornada por el mismo estilo. Además, en las mangas y en otras dos hileras de bordados, hay franjas hechas con piel de ciervo ó de armiño en todo el brillo de su blancura, ó mechones de cabellos arrancados á los enemigos muertos en la guerra.

Los bordados, antes de las comunicaciones con los blancos, se hacían con pelos de puerco espín, cortados en bandas muy estrechas y teñidas de colores vivos. Ahora los indios han renunciado parcialmente á este género de adorno, para adoptar los abalorios ó perlititas de vidrio que saben emplear con mucho gusto para representar los mismos dibujos. Estos tienen un carácter especial, afectando generalmente formas geométricas, y con los colores dispuestos de una manera bien entendida para hacer resaltar su valor. La camisa represen-



ESTADOS UNIDOS.—Exposición de Chicago.—Palacio de las máquinas. (Pág. 22)

La camisa se hace comúnmente con piel de cabrito, de macho cabrío silvestre, de ciervo ó de carnero montés. Estas pieles están finamente curtidas y á pesar de la sencillez de las herramientas del salvaje, algunas muestras pudieran sostener la comparación con los mejores productos del arte del curtidor. La forma general es la de una camisa común, con mangas anchas, y una

tada en el grabado siguiente es una muestra del género; pero las polainas no dan una idea exacta de esta parte del traje tal como se usa entre los salvajes.

Estas polainas, también de piel de cabrito finamente curtida, estaban adornadas con una hilera de rocalla, como las mangas de la camisa. Otra pieza con iguales adornos se ponía delante ó debajo de la pierna.

El calzado lo adornaban por el mismo estilo: unas veces ponían una faja de abalorios en el empeine, y otras lo cubrían literalmente de rocalla.

El traje de las mujeres era parecido al de los hombres, pero algo más adornado y amplio, bajando hasta los tobillos, de suerte que las cubría honestamente. Esta camisa era antes de piel de ciervo; pero desde la in-



VESTIDO INDIO

Camisa de cuero curtido y con rocalla.—
Polainas.— Calzado

troducción del comercio con los blancos se sirven de telas obtenidas con el tráfico. En este caso escogen los colores más vivos, rojo y azul, y en el arreglo de la tela el salvaje da pruebas de un gusto que nadie sospecharía en él.



Capote indio con cinturón de rocalla y plumas
Canoa de corteza de ebudul

Así, por ejemplo, si la parte anterior es azul, dispone sea roja la posterior. Las mangas son de dos colores, pero cada lado á la inversa.

Cierto género particular al traje de las mujeres es un adorno hecho con dientes de ciervo, perforados y co-

sidos en la tela, que es generalmente de color azul, sobre el que se destacan por su blancura.

Esto constituye un género de adorno originalísimo y muy costoso, pues dichos dientes son los molares, y cada ciervo sólo tiene dos. Así los venden á razón de una piastra el par, cuando pagan en dinero. Ahora bien, un traje de mujer puede tener quinientos ó seiscientos de estos dientes, lo que resulta sólo para esta parte del adorno un valor de doscientas cincuenta á trescientas piastras (mil doscientos cincuenta á mil quinientos francos). He contado más de trescientos de dichos molares en el vestido de una niña de diez á once años. Ya veis que la coquetería cuesta cara, aún en un campamento salvaje.

Un cinturón de cuero, de cuatro á cinco pulgadas de ancho y lleno de botones brillantes, completa el traje interior de la mujer y se lo ciñe al cuerpo.

El indio, sea varón ó hembra, tiene además un capote, representado en el grabado adjunto, con una banda de abalorios y otra de plumas de águila en toda su anchura: este último adorno está reservado á los hombres. El de las mujeres consiste en placas redondas de rocalla, que vienen á caer sobre el pecho. El capote de tela substituye ahora al de búfalo.

ACCESORIOS DEL TRAJE

Digamos ahora breves palabras sobre los diferentes accesorios del traje, añadidos como adornos ó señales de distinción, especialmente con ocasión de regocijos nacionales ó ceremonias religiosas relacionadas con el culto supersticioso. Estos adornos están representados en los grabados de esta página. Consisten en collares



Adorno del traje indio
Collar y piel de perro adornado con plumas

de perlas, de metal y de cuentas pequeñísimas de vidrio. La forma de estos collares es muy variada, según el capricho de cada cual: caen á veces sobre el pecho en cascada regular, que no carece de gracia. Antes de la introducción de los abalorios, los indios fabricaban ciertas perlas por medio de pequeños fragmentos de conchas, y sabían emplear multitud de otros objetos

para collares, brazaletes, etc. Así se ven collares hechos con dientes de diferentes animales, de garras de oso, de águila, etc.



Adorno del traje indio
Pendientes

Debemos mencionar también los pendientes, que afectan multitud de formas. A todos los indios apenas nacidos les hacen tres ó cuatro agujeros en los lóbulos de las orejas, en los que mantienen alfileres de madera hasta que se haya efectuado la cicatrización. De esta suerte pueden ponerse fácilmente tres ó cuatro pares de pendientes que les cuelgan hasta los hombros, y que las más de las veces son anillos de cobre, con ciertos objetos suspendidos á los mismos como sartas de conchas ó de otra clase.

Los salvajes de las praderas no acostumbaban ponerse anillos en la nariz; pero completaban su tocado con una serie de brazaletes más ó menos complicados.

VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

VI

A'yun Muça ó las Fuentes de Moisés

DESDE el camino á las Fuentes de Moisés nada notable llama la atención: el suelo es duro, estéril y desigual, aunque sin fragosidades; luego se encuentran arenas saladas y yesizas, y por último, al cabo de dos horas y media de marcha, se ven cinco ó seis cercados de cactus, adornados con tamarindos, palmeras y mimosas, sucediéndose en línea, de Norte á Sur, en una elevación del terreno. Es el oasis de las Fuentes de Moisés, A'yun Muça, en singular A'in Muça.

Abrevamos los camellos en uno de los huertos, propiedad del Sr. Athanasios. El agua de la fuente, aunque notablemente salobre y sin duda ligeramente purgativa, es potable.

Cuéntanse en el oasis seis fuentes de la misma clase. Todas salen de pequeños estanques, en forma de embu-

do, en la parte superior de montecillos de arena de unos cinco metros de altura. ¿Cómo se explica que el agua, que baja indudablemente de las elevadas mesetas del Tih, situadas al Este, en vez de perderse en la arena de la llanura, surjan más altas que el suelo? Un sabio de la expedición de Egipto, el Sr. Monge, explica el hecho por los sulfatos y carbonatos de que están cargadas las aguas. Al evaporarse bajo la acción poderosa del sol, las aguas depositan las sales, que á su vez aglutinan la arena húmeda en los bordes del orificio: el viento amontona nuevas arenas, con lo que la pequeña pared solidificada se levanta sucesivamente y da origen á un montículo, que aumenta tanto como el agua tiene suficiente presión para derramarse.

Según un viajero más reciente, el Sr. Oscar Fraas, las paredes del estanque están cimentadas por la descomposición de la concha calcárea de un crustáceo muy pequeño, casi microscópico, el *Cypris delecta* (Müll), que se encuentra abundantemente en aquellas aguas. El limo del estanque parece, en efecto, compuesto exclusivamente de dichas conchas translúcidas.

Otra particularidad física de este singular país: á la sombra de los grandes tamarindos del huerto, la arena forma en la superficie una costra salada, perforada por gotas de lluvia; mientras que, bajo los otros árboles, palmeras, mimosas y algarrobos, el suelo permanece movable y unido. El tamarindo prefiere terrenos salados, absorbe sus sales, y éstas durante el calor del día se depositan en diminutos cristales sobre las partes verdes. El rocío de la noche los disuelve, caen en el suelo convertidos en agua salada, produciendo en él á la larga una costra salina en la que se notan las gotas recientes. Otro efecto del tamarindo sobre el suelo es derramar en la superficie, por medio del rocío, las sales tomadas en las capas profundas. Por otra parte, todo contribuye á la abundancia del rocío; la separación de las ramas del tamarindo, la ligereza de su follaje que permite la libre circulación del aire, y los cristales de sales que enfrían las ramas fundiéndose en el aire húmedo.

En las inmediaciones del oasis, manchas húmedas de mucha extensión acusan un suelo impregnado de sales deliquescentes. Cuando regresamos del viaje, nuestros guías se apresuraron á frotar con esta tierra amarga las narices de los camellos para alentarles y defenderles de los mosquitos, que son una plaga en estos parajes.

A'yun Muça es en la actualidad lugar de recreo para los habitantes de Suez, que tan pocos tienen; pero no se internan en el desierto sino cuando van al Sinaí. Allí comienza la verdadera peregrinación.

Moisés y su pueblo encontraron en su camino este fresco oasis, y no pudieron menos de detenerse á gozar de su sombra y á beber de sus fuentes. Probablemente en la vecina playa, situada precisamente frente del monte Attaka, salieron del mar. Entonces el pueblo de Israel, «viendo á los egipcios muertos sobre la orilla del mar, y la mano grande que el Señor había ejercitado contra ellos, temió y creyó en el Señor, y á su siervo Moisés (1).» A la sombra de estas palmeras, con los

(1) Exod. XIV, 31.

ojos vueltos hacia este mar lleno de cadáveres, que les aislaba para siempre de sus opresores, repitieron con santo entusiasmo el himno de su jefe inspirado:

«Cantemos himnos al Señor, porque ha dado una gloriosa señal de su grandeza: ha precipitado en el mar el caballo y el caballero...

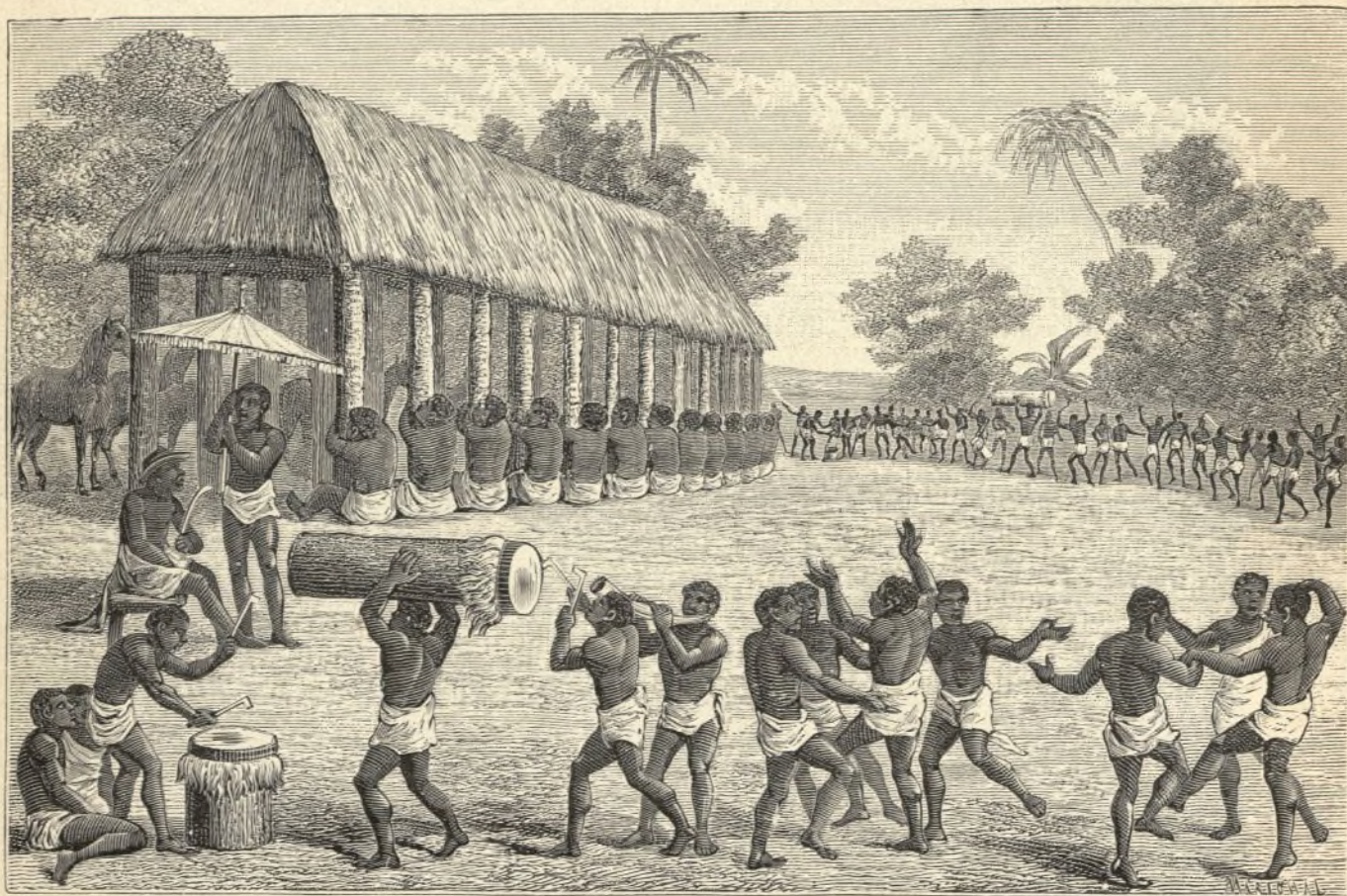
«Y María, la profetisa, hermana de Moisés y de Aarón, tomó en su mano un pandero; y salieron en pos de ella todas las mujeres con panderos (1), y danzando en coro, repetían con ella:

«Cantemos himnos al Señor, porque ha hecho brillar su gloria (2).»

Los hijos de Israel están libres de la esclavitud: el mar los separa de Faraón y de sus opresores, á quienes ya nunca jamás los volverán á ver, como se lo ha asegurado Moisés. Dios multiplicó durante dos meses (3)

de nuestros primeros padres, y por último cumplida con la venida del Mesías.

Va á continuar su obra durante cuarenta años, lo que no será excesivo para instruir á ese pueblo de dura cerviz (1). El Dios *celoso*, como se llama á sí mismo, quiere estar solo con él todo el tiempo de su educación: al efecto lo conduce al desierto más aislado que puede imaginarse en los continentes, una península sólo unida á la tierra por interminables mesetas áridas y sin agua, rodeada de altas rocas; «un país inhospitalario y desolado, dice Jeremías (2), abrasado, imagen de la muerte, que no atraviesa el viajero, y en el que nunca fijó el pastor su tienda.» Allí los hijos de Israel, sin recursos y sin comunicación con el resto del mundo, no pueden esperar sino de Dios el pan, el agua, el vestido y todo lo necesario á la vida de un pueblo. No saben si-



DAHOMÉY.—Víctimas para los sacrificios. (Pág. 11)

los prodigios más extraordinarios para llevar á efecto su libertad, con un fin digno de El: formarlos en cuerpo de nación; darles leyes justas; enseñarles el culto del verdadero Dios, y facilitar al género humano el tránsito al Cristianismo. Fué un comienzo de ejecución del designio de la redención, anunciada desde la caída

quiera á dónde van, é ignoran los senderos del desierto que conducen á la tierra prometida. Serán los pensionistas encerrados y gratuitos del Señor. Son como sus esclavos, y tienen que morir infaliblemente si su dueño no les da el pan de cada día. El Señor, Padre de los huérfanos (3), los alimentará y dará de beber; los cubrirá con los milagros más asombrosos; los guiará con una maravillosa nube que de día los defiende del sol, y los ilumine durante la noche. Estar apartado del mundo y depender únicamente de Dios, ¿no es la condi-

(1) Las pinturas de las tumbas de Tebas nos revelan que los bailes de los jóvenes al son del pande o eran muy comunes entre los egipcios.

(2) Exod. xv, 20 y 21.

(3) Las plagas de Egipto comenzaron probablemente á mediados de Febrero, y el paso del mar Rojo se verificó en los primeros días de Abril. (V. VIGOUROUX, *Le Bible et les Découvertes modernes*, t. 2).

(1) Exod. xiii, 35; xxxiii, 9.

(2) Exod. ii, 6.

(3) Psalm. lxxvii, 6.

ción mejor para oír su voz y recibir sus divinas enseñanzas?

Vamos á seguir al pueblo de Israel por el camino del Sinaí. No será fácil representarnos las marchas y campamentos de tanta multitud, que asciende por lo menos á dos millones, digan lo que quieran nuestros modernos racionalistas, pues más crédito merece Moisés, su jefe é historiador inspirado. «Al partir de Rameses eran unos

grado Texto. Añádase que llevaban consigo ovejas y ganados mayores, y todo género de animales en grandísimo número (1), y que además tenían cierto número de carros arrastrados por bueyes, como nos lo hace suponer la ofrenda de carros hecha al Señor el día de la dedicación del Tabernáculo (2).

De la longitud que cogía esta inmensa multitud en marcha, de la extensión de terreno que cubría su cam-



DAHOMÉY.— Estrado real. Distribución de regalos y de víctimas al pueblo. (Pág. 11)

seiscientos mil hombres, sin contar los niños (1).» No es esto una hipérbole, sino una cifra aproximada. El número exacto de hombres arriba de veinte años, fué contado por orden de Dios un año más tarde en el campo del Sinaí, y Moisés encontró seiscientos tres mil quinientos cincuenta, y veintidós mil levitas de un mes arriba (2). En nuestras poblaciones actuales el número total de habitantes es á corta diferencia tres veces igual al de hombres que cuentan más de veinte años. Entre los israelitas, en que todos los hombres estaban casados, y tenían á veces varias mujeres, el total debía ser mayor, y apreciarlo en un millón ochocientos mil es quedarse muy por debajo de la realidad. Pero, no es esto todo. «También salió agregada á los hijos de Israel una multitud inmensa de gente de toda clase (3).» Así es que la cifra total de dos millones para el pueblo fugitivo nos parece el número más bajo atendido el Sa-

po, y del tiempo que necesitaba para ponerse en movimiento, para llegar toda al campamento designado, sólo pueden dar ligera idea nuestros grandes ejércitos en campaña. Si un cuerpo de ejército de veinte mil hombres tarda dos horas en desfilarse en una parada, en que ningún obstáculo le entorpece, ¡cuántas horas necesitará una multitud confusa, cien veces más numerosa, en un camino incómodo! Pueblo de trabajadores, extraño á toda disciplina militar, poco sumiso á sus jefes, sin organización regular, y con multitud de rebaños que debían pacer por el camino, sus vagas columnas habían de extenderse en inmensa longitud, y ensancharse á lo lejos en las llanuras por caminos paralelos. Al designar sus traslados en su relación, Moisés se expresa como todos los historiadores de las campañas militares; fija las jornadas del cuartel general por las del ejército entero. Entenderlo de otra manera sería suponer milagros que las Sagradas Escrituras no mencionan. Cier-

(1) Exod. xii, 37.

(2) Num. i, 45, 46; iii, 39.

(3) Exod. xii, 38.

(1) Exod. xii, 38.

(2) Num. vii, 3.

tamente, dos millones de hombres y sus rebaños no podían sin prodigio al fin de un día de marcha beber en una misma fuente, ó atravesar en una mañana un desfiladero de solos treinta metros de anchura. Como buen general, Moisés se detuvo dos veces en el camino del Sinaí, en un campamento cómodo, para aguardar á los rezagados y agrupar á su pueblo, después de cuatro días de marcha. La disposición de las tribus en los campamentos y su orden durante el viaje, no los regulará completamente hasta haber erigido el Tabernáculo en el Sinaí (1). El pueblo fugitivo no está aún preparado para tanta disciplina y obediencia.

VII

La península

El país que vamos á recorrer siguiendo las huellas del pueblo de Dios, es una península triangular que se adelanta en el Mar Rojo entre el golfo de Suez á Poniente y el de A'Kabah á Levante. Del Sinaí, que es su corazón y casi su punto culminante, toma su celebridad y su nombre de península sinaítica. Suez, y el fuerte de A'kabah al Norte, y el promontorio de Ras-Mohammed al Sur, marcan los vértices del triángulo: sus distancias no difieren mucho más de otras: 241 kilómetros desde Suez al fuerte A'kabah, 214 desde este fuerte á Ras-Mohammed, y 299 desde este promontorio á Suez.

La península tiene dos partes muy distintas, separadas por una línea de montañas, Djebel-et-Tih, que se extiende desde Suez hasta A'kabah, adelantándose en punta hacia el Sur, como la península misma. Al Norte de esta cordillera hay una meseta desierta no muy escabrosa. Et-Tih (el Extravío); al Sur una comarca casi enteramente cubierta de altos montes, llamada Thor ó Thur (el Monte).

Por la parte del golfo de Suez las montañas se detienen generalmente á cierta distancia de la costa, dejando libre una ancha playa; y en los alrededores de Thor distan veinte kilómetros de la orilla, y la playa forma una llanura de trescientos cuarenta y seis kilómetros cuadrados, llamada El-Qa'a (la Llanura). No sucede lo mismo por la parte del golfo de A'kabah, donde las montañas tocan casi la orilla, contándose muy pocos oasis de palmeras. En la península sólo hay dos aldeas, Thor en la costa, y Feirán á la entrada de las montañas en la dirección de Suez.

«La historia de esta comarca es breve, dice Ebers, pero su celebridad inmensa.» Aparte los hechos dignos de inmortal memoria referidos en los libros de Moisés, y las vidas admirables de los solitarios del Sinaí, de Raithe ó Thor, de Pharán ó Feirán, sólo nos han llegado de los moradores de la península nociones incompletas y algunos hechos sin importancia en la historia de Oriente.

Algunas minas é inscripciones que encontramos por el camino, nos revelan que, muchos siglos antes del Exodo, los egipcios explotaron allí el cobre y el hierro, y tuvieron que luchar continuamente para proteger á sus operarios contra pueblos indígenas turbulentos y guerreros.

(1) Num. II, 7.

El patriarca José refiérese probablemente á estas mismas tribus nómadas cuando dice á sus hermanos que los egipcios odian á los pastores (1): entre ellos hay que contar á los amalecitas, que quisieron oponerse al paso de los hebreos por el valle de Rafidim (2), y también los madianitas, cuyo territorio se extendía desde la costa oriental de la península, á juzgar por la historia de su sacerdote Jethro.

Después del tiempo del Exodo, los libros históricos del Antiguo Testamento hablan raras veces de esta comarca, aunque la dominación de los reyes de Judá se extendió ciertamente hasta la extremidad del golfo de A'kabah. El libro III de los Reyes refiere que, con objeto de transportar el oro de Ofir, país que se cree situado al Sur de Arabia, «Salomón mandó construir una flota en Aisongaber, que está cerca de Ailath, á orillas del Mar Rojo, en el país de Idumea (3).» Ochenta años más tarde el rey Josafat mandó equipar con el mismo objeto una flota que la tempestad estrelló contra la costa de Aisongaber (4). Ailath ó Eloth, llamada más tarde (Elana y Ailah; está indicada aún por las ruinas próximas á A'kabah, en la extensidad del golfo. El nombre de A'kabah, que significa *desfiladero*, es una abreviación de A'kabah-Ailah, desfiladero de Ailah. Por mucho tiempo el golfo se llamó del nombre de esta ciudad: (Elanítico).

Dos palabras de San Pablo en su Espístola á los Gálatas hicieron sospechar á algunos que el Apóstol, después de su conversión se retiró al Sinaí para dedicarse á la oración y á las comunicaciones divinas; pero esta opinión no tiene fundamento alguno.

San Dionisio de Alejandría refiere que en los dos ó tres primeros siglos de nuestra era, muchos cristianos de Egipto se retiraron á estas montañas para sustraerse á la persecución. Por la misma época los valles más agrestes de los alrededores del Sinaí, de Rafidim, de Elim, la playa aislada de Raithe ó Thor, se poblaron de solitarios ó monjes. El emperador Justiniano mandó construir fortificaciones en torno de la iglesia del Sinaí para que tuviesen un refugio en las continuas agresiones de los bárbaros indígenas. Ailath y Pharán tuvieron sus Obispos (5). Desde el siglo IV al VII fué el período de la dominación monástica.

En el siglo VII la invasión musulmana procedente de Arabia destruyó la mayor parte de las lauras de los solitarios, rechazó hacia los desiertos del Norte parte de los antiguos habitantes, y se asimiló el resto. Tan sólo el convento, protegido por la fortaleza de Justiniano, pudo librarse de la devastación. Bajo los nuevos dueños del país, la soledad, la esterilidad y la muerte ensancharon los desiertos: los habitantes se retiraron á los valles mejor defendidos y más fértiles. Hoy la península sólo cuenta cuatro mil hombres, todos beduinos, dispersos en una extensión considerable (6).

(1) Gen. LVI, 34.

(2) Exod. XVII, 8 et seq.

(3) Exod. IX, 26.

(4) III Reg. XXII, 49.

(5) LE QUIEN. *Oriens Christianus*, III, p. 747, 757.

(6) Al principio de esta relación de un *Viaje al Sinaí*, página 518 del tomo anterior, se menciona á Puerto Said, y de él y su faro damos en la pág. 20 del presente número un grabado que por no habernos llegado á tiempo no pudimos poner en su lugar.

LA NUEVA ENCÍCLICA

HA sido recibida por los sabios y hombres de ciencia con singular admiración la Encíclica que acaba de publicar Su Santidad sobre la exégesis bíblica. El nuevo documento pontificio traza, según los Concilios de Trento y del Vaticano, las reglas que han de observarse para probar la autenticidad de los Libros de la Sagrada Escritura, y dar la interpretación en el doble sentido literal y simbólico conforme á la doctrina de los Santos Padres, y también con ayuda del estudio de las lenguas, monumentos antiguos y ciencias modernas, en la medida deseada para distinguir los resultados verdaderos de estas ciencias de los falsos.

La Encíclica comprende tres partes: predicación, enseñanza é interpretación.

El Soberano Pontífice recuerda á los predicadores que el estudio de la Biblia debe ser el fundamento de la predicación.

El interés de la enseñanza, añade en seguida, exige que los profesores conozcan la Teología, y les recomienda también que adquieran el conocimiento de las lenguas antiguas, principalmente de las semíticas, expresando además el deseo de que el estudio de los Libros Santos se cultive con gran detención.

La tercera parte resume los errores de los falsos sistemas relativos á la interpretación bíblica, afirmando que todas las partes de la Biblia son inspiradas, y llama la atención de los intérpretes sobre el espíritu racionalista, los excesos del espíritu crítico y contra la costumbre de hacer prevalecer las razones científicas.

Cuando las ciencias naturales parecen hallarse en contradicción con la Biblia, es preciso colegir que, ó los razonamientos científicos son erróneos, ó la Biblia ha sido mal interpretada.

OBRA DE LOS SELLOS DE CORREO USADOS

FUNDACIÓN DE UNA ALDEA CRISTIANA EN EL CONGO

EL 1.º de Noviembre de 1890 la Obra de los sellos usados nació en Saint-Trond, Bélgica, por la iniciativa de algunos hijos de la Sociedad San Juan Bérchmans. Modesta en su origen como en sus comienzos, aquella Obra debía alcanzar proporciones considerables, y muy pronto se trató de realizar, por la venta de cuarenta millones de sellos usados la suma necesaria para la fundación de una aldea cristiana en el Congo. La prensa se apresuró á propagar tan original idea, si bien algunos suspicaces calificaron de utópico aquel proyecto, que les parecía tan extraño en su fin como en los medios necesarios á su realización. Mientras tanto, la Obra prosperaba rápidamente, y se acumulaban grandes volúmenes de sellos de toda procedencia. Todos los países de Europa, los Estados Unidos, Méjico y los otros Estados de América Central y Meridional y la Oceanía misma manifestaron sin tardanza sus simpatías hacia la

Obra naciente, proporcionándole cantidades considerables de sellos recogidos durante largos años.

Tres años habían transcurrido, cuando el 13 de Junio de 1893 los periódicos anunciaron el feliz resultado: se había alcanzado la cifra de 40 millones de sellos, cuya venta, empezada en Febrero de 1892, era garantía del completo éxito de la empresa. Merced á las bendiciones de la Divina Providencia, que se sirve de lo más ínfimo para realizar lo más grande, los recursos realizados por la Obra de los sellos usados permiten hoy (Septiembre 1893), á los misioneros de la Congregación del Corazón Inmaculado de María, empezar los trabajos de fundación. Esta se alzará en el Alto Congo, sobre una extensión de cien hectáreas de tierras de fácil cultivo. La aldea comprenderá al principio iglesia, habitación para el misionero, escuela-asilo de huérfanos y algunas casas para los habitantes. Se celebrarán algunos matrimonios entre jóvenes de uno y otro sexo de los que actualmente concurren á las escuelas-asilos de las varias estaciones del Estado independiente; y, poco á poco, bajo la inspección y vigilancia del misionero, la aldea tomará más importantes proporciones y sus habitantes, antes esclavos, no tardarán en proclamar los beneficios de la Religión, creadora de toda verdadera civilización.

La Obra de los sellos de correos usados establecida en el Seminario mayor de Lieja (Bélgica) aspira á reunir recursos para auxiliar á los misioneros que evangelizan el Congo, permitiéndoles construir nuevas aldeas, hogares de religión y civilización.

A este fin, la Obra recoge los sellos que personas caritativas tienen á bien remitir á la misma: para ello hace un llamamiento al celo de todos los católicos, puesto que el fin que persigue interesa á toda, absolutamente toda la Iglesia católica.

Se suplican especialmente:

1.º Los sellos antiguos, ya fuera de curso, y que se encuentran fácilmente rebuscando correspondencias de fecha muy atrasada.

2.º Los sellos jubilares de los Estados Unidos y de otros países de América (principalmente los precios más altos de estas emisiones).

3.º Los sellos de las islas y Estados de Africa, Asia, Oceanía y América Central y Meridional.—Recibimos también con singular agradecimiento las tarjetas postales y sobres que llevan impreso el sello; pero conviene que nuestros bienhechores conserven unas y otros *enteros* á ser posible.

Todos los bienhechores de la Obra participan de los favores espirituales siguientes:

1.º Un recuerdo especial en el *Memento* de todas las Misas que celebran los misioneros de la Congregación del Corazón Inmaculado de María;

2.º A perpetuidad, el primer viernes de cada mes, se celebra una Misa para todos los bienhechores vivos y difuntos;

3.º A perpetuidad también, el 3 de Noviembre de cada año, se celebra una Misa solemne por el descanso del alma de todos los bienhechores cuyos nombres están y estarán escrupulosamente inscritos en los registros de la Obra.

Por la presente, enviamos á nuestros bienhechores la

expresión de nuestro más sentido agradecimiento, encareciéndoles que continúen dispensándonos su ayuda con nuevos envíos.

Damos también un millón de gracias á los periódicos y demás publicaciones que se han servido prestarnos su concurso, suplicándoles que recuerden una vez más á sus lectores nuestra Obra religiosa y civilizadora.

Los bienhechores de los Estados de la América Central pueden enviar sus sellos al señor Redactor de *La Unión Católica*, San José, Costarrica. De otros países los envíos pueden hacerse al *Rev. Guillermo Simeon*, Seminario Mayor, LIEJA (BELGICA).

DESATINOS DE UN PROTESTANTE

DECÍA no ha mucho en el *Churchman* el Sr. William Stevens Perry, obispo episcopaliano de Iowa:

«Los españoles cometieron verdaderas atrocidades al cristianizar á las naciones americanas... No fué un bau-

horripilantes atrocidades cometidas contra los indios! Y sobre todo, ¡pobre Cristóbal Colón, á cuya gloria y renombre les tocó tan formidable enemigo, cual es el *ilustrísimo* señor Obispo de Iowa! Si, de hoy en adelante no habrá en América quien no maldiga de los españoles, ni se avergüence de haber tributado honores inmortales á un aventurero, á un ladrón, á un desalmado, á un tirano. Afortunadamente, la historia imparcial no está muy en favor, que digamos, de ese *dignísimo* señor Obispo.

En efecto, al testimonio de esta dignidad protestante americana contraponemos desde luego el de un profesor protestante americano, el Sr. John Fiske, catedrático de la Universidad de Harvard, quien se expresa así en su magnífica vida de Cristóbal Colón, sacada de los documentos más fidedignos:

«Barriles de tinta sentimental se han gastado en deplorar la *barbarie* de los españoles, quienes, se dice, atravesaron el Océano y atacaron á los que no les habían hecho ningún mal, echando por tierra, al par que destruyendo una «espléndida civilización» (*la de Méjico*), y perpetrando otros crímenes por el estilo. No



EGIPTO.—Faro de Puerto Said. (Pág. 18)

tismo cualquiera, sino un bautismo de sangre el que se impuso á los pobres y sencillos aborígenes, á quienes el mismo Colón esclavizó y asesinó hasta el punto de que, aun durante su vida, y gracias á su despiadada codicia, las hordas nativas que halló á su alcance, fueron prácticamente exterminadas.»

¡Pobres católicos españoles, acusados así en globo de

hay que dudarlo: una agresión no provocada es cosa extremadamente odiosa; y muchas circunstancias de la conquista española en América, si fueron deplorables por su atrocidad, fueron también *solemnemente condenadas* por los mejores jueces de la moral en el siglo XVI. (*Huelga añadir que todos esos jueces eran católicos*). Sin embargo, si hemos de dejarnos guiar

por la lógica inexorable, difícil sería condenar á los españoles por el mero hecho de conquistar á Méjico, sin condenar al mismo tiempo á nuestros propios antepasados, que cruzaron el Océano é hicieron correrías en el territorio de los Estados Unidos, no dándoseles un bledo del derecho de propiedad de los algonquines, iroqueses y demás aborígenes.»

Aquí viene muy al caso la declaración hecha por el senador Dawes, de Massachussets, en una Convención de Amigos de los Indios: «Nuestros antepasados, dijo, vinieron á América bajo la impresión de que toda nación cristiana podía legítimamente apoderarse de cuantas tierras de bárbaros lograra arrebatarse. Mas hallaron á los bárbaros de aquí tan fuertes y aguerridos, que hubieron de hacer tratos con ellos y dar á estos arreglos una forma de compra. Consiguieron el permiso de quedarse aquí, y desde entonces hasta hoy nunca han tratado al indio con la sinceridad y justicia con que un hombre de buena fe entabla negociaciones mercantiles con otro. Cuando le hemos hallado demasiado fuerte, hemos aguardado la oportunidad de rescindir nuestros contratos, y siempre lo hemos hecho así. Le hemos engañado miserablemente: le hemos seducido con promesas; hemos incendiado sus wigwams para apoderarnos de sus bienes, ¿y extrañaremos que todavía persevere sin civilización y sin religión?»

Con que, si los católicos españoles fueron, en decir del Obispo de Iowa, unos bárbaros y bandoleros, muy mala gracia tienen los descendientes é hijos de otros bárbaros y bandoleros en arrojarles la primera piedra.

¿Bárbaros y bandoleros los españoles? Ya se ve: el *reverendísimo* señor no quiere acordarse del bien inmenso que los misioneros españoles hicieron á los aborígenes americanos. Y sin embargo, bueno sería que se refrescara la memoria al menos de los hechos siguientes. El P. Antonio Montesino llega á América en 1511 con otros doce Dominicos, y denuncia con indomable energía el crimen de esclavizar á seres humanos. El famoso P. Las Casas, amigo tan entrañable de los indios, fulmina y anatematiza este mismo crimen, y hasta vuelve á España para conseguir un decreto en contra de tan vergonzoso tráfico. El Papa Paulo III, movido por los ruegos de los misioneros españoles, declara solemnemente que es injusto quitar la libertad á los indios, y excomulga á los que se hiciesen reos de tamaño crimen. Los misioneros españoles en Méjico convierten en sólo siete años un millón de indios; ¡y qué cartas tan apremiantes escriben á España para que no se tuerza ni un cabello á sus queridos indios, que ellos siguen instruyendo y cristianizando!

Hechos son éstos tomados al acaso entre mil: mas ¿por qué no quiere acordarse de ellos el Sr. William Stevens Perry? A no dudarlo, abusos hubo y hasta atrocidades de parte de conquistadores españoles; mas atribuir tales desmanes á todos ellos en general es un absurdo; callar todo lo que hizo la Iglesia y los misioneros para poner coto á tales atropellos es una perfidia; tirar la piedra al tejado ajeno, cuando el que la tira tiene él mismo un techo hartó quebradizo es insigne majadería.

Por lo que toca á Cristóbal Colón, las acusaciones del señor Obispo de Iowa tienen más fundamento en su

cerebro que en la historia. El profesor Fiske dice: «En su segundo viaje á Española, el Almirante halló que en algunas de las islas convecinas vivían indios que se alimentaban con carne humana. Estos tenían por costumbre desembarcar en las costas de Española, y llevarse á hombres y mujeres para asarlos y comérselos. Ahora Colón quiere captarse la amistad de los indios que le rodeaban, con defenderlos en contra de sus enemigos. Así él organizó expediciones contra los caribes; se apoderó de algunos de ellos, y los envió como esclavos á España, para que se les enseñara el español y el Cristianismo; y para que una vez convertidos, volvieran á la isla como intérpretes y así ayudaran á los misioneros.»

De este hecho, quizás, saca el señor Obispo de Iowa lo del «bautismo de sangre» que Colón «impuso á los pobres y sencillos aborígenes.» Mas sólo la lógica del fanatismo podrá autorizarle para sacar de tales premisas tan estrafularia consecuencia. No negamos que Colón obligó á los indios á pagar un tributo; que estableció entre ellos una especie de sistema feudal, y que hasta hizo forzoso para ellos el trabajar. Empero, ¿quién dirá que esto es lo mismo que asesinar á los indios, y «exterminar prácticamente á las hordas nativas que Colón halló á su alcance?» ¡Ah! eso de «asesinar y exterminar prácticamente á las hordas nativas,» ¿qué bien han sabido hacerlo los humanitarios, los filántropos, los *evangélicos*, los puritanos, que vinieron á conquistar, cristianizar y civilizar á Norte América!

Indudablemente, lo repetimos, hubo desmanes y persecuciones y atrocidades en contra de los aborígenes descubiertos y conquistados por los españoles. Mas para juzgar bien de la procedencia de tales excesos, óigase la atinada reflexión del profesor Fiske: «Cuidemos, dice, de no identificar con excesiva facilidad á los españoles en cuanto españoles, con los horrores cometidos en la isla Española. Los que perpetraron dichos horrores no siguieron los instintos del carácter de su nación, sino los instintos de asesinos y bandoleros; y asesinos y bandoleros los ha habido en buen número, aun entre los ingleses.»

(De la Rev. Catól. de Las Vegas, N. M.).

CRÓNICA

Francia.—Se han embarcado en Marsella varios misioneros, á saber: Mons. Paillasse, de Rodher, para Corea; Violet, para el Tonkín Occidental; Richard, para Nagasaki, en el imperio japonés; Dirmain, para Tokio, en el mismo Imperio; Kleinpeter, para Nagasaki; Palaget, para el Tonkín Meridional, lo mismo que Mons. Gousin; Fagé, para Osaka, y Auzuech para Mysore, en las Indias Orientales.

Bélgica.—El rey Leopoldo II ha mandado construir una iglesia de hierro en el parque de Laeken.

Asistieron los ministros, los representantes del Cuerpo diplomático, Obispos y Superiores de Ordenes y Congregaciones Religiosas establecidas en el reino. Dos jóvenes procedentes de la gran colonia del Congo, fueron los que ayudaron al celebrante en la primera Misa. La condesa de Ruffe de Bonneval, protectora de la Asociación para educar á los negros del Congo, se interesó mu-

cho por esta parte de la fiesta, durante la cual se admiraron varias piezas de música de varios compositores extranjeros.

Alemania.—La Revista *Historische Politische Blätter* publica un interesante paralelo del Catolicismo y Protestantismo en Alemania. Dice que en 1867 había en aquellos Estados más de 24.000.000 de protestantes y 14 y medio millones de católicos, y en 1891, 31 millones de protestantes y 17 millones y medio de católicos; que una y otra comunión son igualmente consideradas por las leyes del Imperio en nuestros días, excepto en Brunswick y en Mecklemburgo, donde son más favorecidos los sectarios de la llamada Reforma. En Alsacia y Lorena ha disminuído, de resultas de la anexión y conquista, el número de católicos. Algo de esto se observa también, con alguna extrañeza, en Baviera y en el gran ducado de Baden. Los profesores católicos se hallan en minoría en casi todas las Universidades, y en Austria el elemento semítico va desbancando á los católicos y á los protestantes.

—El Centro Católico del Parlamento alemán presentó al Reichstag el siguiente proyecto de ley:

«Nos, Guillermo, por la gracia de Dios emperador de Alemania y rey de Prusia, con aprobación del Bundesrath y del Reichstag, decretamos:

«1.º Se deroga la ley de 4 de Julio de 1872, relativa á la Compañía de Jesús

«2.º Se derogan asimismo cuantas disposiciones se han dado fundadas en dicha ley.

«3.º La presente es obligatoria, y producirá todos sus efectos desde la fecha de su promulgación.»

El día 1.º de Diciembre se puso á discusión esta ley, y después de empeñado debate fué aprobada por 173 votos contra 136.

Japón Meridional.—El Rdo. Corre, de la Sociedad de Misiones Extranjeras, escribe desde Kumamoto:

«Hace algunos meses que corre á mi cargo esta ciudad y catorce distritos de la provincia, con más una península llamada Shirmabara, teniendo por auxiliar únicamente un joven sacerdote indígena. Sin embargo, la cosecha promete ser abundantísima. En la guarnición de Kuramoto especialmente, fundo lisonjeras esperanzas. Felices disposiciones he hallado también en las numerosas ciudades del interior, que ya he recorrido, y más aún en las aldeas. Esta provincia, de un millón de almas próximamente, es de las más importantes del Japón. Como ningún misionero la había cuidado antes de mi llegada, todo está por hacer. Los protestantes, instalados aquí desde mucho tiempo, cuentan con partidarios en todas partes. Necesito buen número de catequistas, pero carezco de recursos para mantenerlos.

«En la ciudad de Kumamoto, que es mi cuartel principal, no tengo iglesia ni capilla. He alquilado una casita japonesa, y celebro la Santa Misa en un aposento sobre una tabla. Con frecuencia recorro el país yendo de un pueblo á otro, haciendo llevar mi bagaje (consistente en los objetos necesarios para la celebración del Santo Sacrificio y algunos efectos personales) en un cochecillo de mano. (V. el grabado de la pág. 5). Permanezco dos ó tres días en cada lugar, reúno á la gente por la noche, concluidas las faenas, para instruirla en la Religión. Estos viajes, aunque hechos con suma economía, cuestan caros, y por falta de recursos no puedo visitar todos los lugares que lo necesitan.

«En la ciudad de Kumamoto hay unos cien templos paganos. ¿Cuándo Nuestro Señor tendrá aquí siquiera uno?»

Marruecos.—El ilustre misionero franciscano M. Rdo. Padre Lerchundi, según testimonio que da la prensa imparcial, es uno de los hombre más conocedores de este Imperio y que más servicios han prestado á la causa de España. El P. José, como familiarmente le llaman sus amigos, y lo son cuantos le han tratado alguna vez, al frente de las Misiones franciscanas de Marruecos ha hecho más por el prestigio é influencia de España que todos los diplomáticos juntos. Misionero infatigable, ha establecido escuelas españolas en las principales ciudades de la costa con solo los escasísimos recursos que el Gobierno destina á estas atenciones. El Sultán le distingue extraordinariamente, y tanto los moros como los cristianos lo veneran. En Tánger es el P. José

para los menesterosos la providencia, para los caídos el consuelo, para los fuertes el consejero más autorizado.

Residente desde muchos años en el Mogreb, ha realizado notabilísimos estudios acerca de la lengua *schellog*, considerándosele por sus trabajos como un arabista distinguido. Su gramática del árabe vulgar que hoy se habla en Marruecos, es de gran utilidad.

En las escuelas de la Misión reciben esmerada educación los hijos de los españoles y de los extranjeros, que de otro modo veríanse obligados á concurrir á la de los hebreos. Enseñando en árabe á los alumnos de sus escuelas, crea por este medio un plantel de agentes de comercio, que con el tiempo podrá librar á los europeos de la tutela á que hoy vienen sujetos al tener que recurrir á los judíos como intermediarios en las relaciones mercantiles.

Debido á la poderosa iniciativa del P. Lerchundi, se ha montado en la Casa-Misión una imprenta hispano-arábiga, y con los alumnos de la clase de música se ha organizado una banda. Por fin, se propone fundar en Tánger una Escuela de Artes y Oficios y un Instituto de segunda enseñanza, y en Alcázar y Fez Casa-Misión-hospedería, donde encontrarían los viajeros sitio en que guarecerse.

La abnegación y actividad del P. Lerchundi han hecho verdaderos milagros en bien de la Religión y de la patria, ya estableciendo escuelas donde se da enseñanza gratuita á todo el que la solicita, ya construyendo una barriada de casetas para los españoles pobres residentes en Tánger, y realizando, por último, toda suerte de obras benéficas, que lo mismo son alabadas por los moros y hebreos como por los cristianos, cualquiera que sea su nacionalidad.

En esta continua labor y luchando á brazo partido con el gran número de obstáculos que en el transcurso de su vida ha tenido que vencer, destácase venerable y simpática la personalidad del P. Lerchundi.

—Bajo la presidencia de este Padre celebróse el 19 de Octubre último la Congregación trienal, en la que fueron electos los siguientes:

Discretos.—Los PP. José M.ª Rodríguez, Vicente Ribes, Rafael González, José M.ª Escolá, Julián Alcorta y Avelino Muñíos.

Presidentes.—De Tetuán: P. Vicente Ribes.—De Larache: Padre Benjamín Ramos.—De Rabat: P. José M.ª Pérez.—De Casablanca: P. Mariano Ferrer.—De Mazagán: P. José M.ª Betanzos.—De Saffi: P. José M.ª Escolá.—De Mogador: P. Francisco Carvajal. *Secretario de la Misión:* P. José M.ª Paisal. A todos los cuales enviamos nuestra cordial enhorabuena.

Estados Unidos.—La Exposición Universal de Chicago, de la que damos dos vistas en las págs. 12 y 13, fué inaugurada con un discurso religioso por el señor Arzobispo católico de Nueva York, representando en la ceremonia al Sumo Pontífice su delegado apostólico en Washington, Mons. Satolli.

En los Estados Unidos se asocia la Religión á todos los actos de la vida pública. En el Capitolio, todas las sesiones del Congreso se inauguran con una oración que pronuncia un ministro del Evangelio, y oyen los diputados en silencio y la cabeza descubierta. Lo mismo se efectúa en las Cámaras legislativas de cada Estado.

—El *Apostolado de la Oración* ha tomado parte en dicha Exposición Colombina. «Sobre un estante elegantísimo, dice el *Mensajero* de Filadelfia, que sirve de base á objetos expuestos, descansa una columna proporcionada, de la cual parten doce marcos con dos tarjetones cada uno. El remate de toda la pieza lo forma una imagen del Sagrado Corazón de Jesús en pie, en actitud de orar. El estante contiene encuadrados los *Mensajeros* del país y de otras veinte Direcciones Centrales, y los marcos varias estadísticas, impresos, distintivos y medallas que sirven para los diferentes grados y prácticas de la Liga.

«El primer cuadro tiene en compendio la organización de toda la Obra, que se lleva á cabo por medio de 44 Direcciones Centrales: de éstas hay en América 18, en Europa 15, en Asia 4, en Oceanía 4 y en África 3. 8 de ellas están presididas por Obispos, 11 por sacerdotes seculares, 5 por un Padre franciscano, un benedictino, un

marista, un barnabita y un mínimo conventual, y 29 por jesuitas. El cuadro que contiene esta organización tiene á la cabeza un retrato del difunto P. Enrique Ramière, fundador de la Obra en 1844; y el retrato del Rdo. P. Benito Sestini, fundador del Apostolado en Filadelfia el año 1866, figura á la cabeza de las estadísticas de la Liga en nuestro país.

«Otro cuadro muy interesante de estadísticas es el que nos da los números de las intenciones y buenas Obras que se han ofrecido en un año, de Mayo de 1892 á fin de Mayo de 1893. Los números son: Rosarios, 4.201,553; Comuniones, 1.118,603; Horas de trabajo, 2.784,700; Misas celebradas, 2.998,838; Oraciones, 59.187,825; Visitas al Santísimo Sacramento, 3.028,221. Las peticiones ó intenciones pasan de 40,000 millones...

«A pesar de llamar tanto la atención los cuadros de nuestra Exposición, nada sorprende tanto como los plúteos que contienen los *Mensajeros* que se publican en las diversas Direcciones Centrales del mundo. Se publican en español, inglés, francés, alemán, húngaro, italiano, bohemio, bretón, holandés, flamenco, portugués polaco, chino, croata y tamul, que dan un conjunto de más de 400,000 subscriptores.»

—El Congreso Católico de Chicago ha dedicado algunas de sus sesiones á la beneficencia y á la inmigración y colonización, que ya se trata de restringir por muchas razones en la gran República. Asistía un Delegado *diocesano* por cada 25,000 católicos. Entre los Prelados se veían el cardenal Santiago Gibbons, de Baltimore, y los arzobispos y obispos Ilmos. Elder, Redwood, Ryau, Gabriels, Keane, Rector de la Universidad católica de WASHINGTON, Horismen, More, Chatard, Scanlan, Burke, Mac Govern, Patterson, Phelan y Heslin.

He aquí el orden de lecturas públicas:

1.^a El descubrimiento del Nuevo Mundo. 2.^a Colón, su carácter y su misión. 3.^a Las consecuencias de su descubrimiento para la Religión y la civilización. 4.^a La Iglesia y las Misiones en el Nuevo Mundo. 5.^a La influencia de la Iglesia católica sobre las instituciones políticas, civiles y sociales de los Estados Unidos. 6.^a Isabel la Católica.

Las conferencias sobre la cuestión social:

1.^a La Encíclica del Papa León XIII acerca de la cuestión. 2.^a Los derechos del trabajo y los del capital. 3.^a El pauperismo y sus remedios. 4.^a Beneficencia pública, beneficencia particular, medios de hacer una y otra más fecundas. 5.^a Sociedades de obreros y de jóvenes. 6.^a Seguros sobre la vida. 7.^a Asociaciones comerciales. 8.^a Inmigración y colonización.

Brasil.—Según escribe el M. R. P. Ireneo Bierbaum, misionero franciscano, se halla la nueva Misión en estado muy floreciente. El 13 de Mayo de 1893 partieron de la provincia de Santa Cruz de Sajonia treinta Religiosos con dirección al Brasil, bajo la presidencia del referido P. Bierbaum, y durante la travesía observaron en todo la disciplina regular, cantando el Oficio Divino, y practicando la oración mental y demás ejercicios piadosos en Comunidad como si estuviesen en el convento. Todos los sacerdotes, que eran nueve, celebraban la Misa en altares portátiles, y el día de Corpus lo solemnizaron extraordinariamente, celebrando Misa solemne y llevando el Santísimo en procesión por la cubierta del buque. Así imploraban la protección del cielo para el feliz éxito del viaje y de la Misión que iban á servir!

Tres son los fines de ésta; el restablecimiento de la antigua Provincia de San Antonio, extinguida por la exlaustración; el cargo parroquial, y la conversión de los infieles. Para conseguir lo primero han ocupado ya los conventos de Bahía, Recife y Olinda, en los que tienen noviciado y estudio de teología y de filosofía. A fin de conservar para la Orden los otros conventos antiguos, van de cuando en cuando á oficiar á ellos, para ocuparlos cuando haya suficiente personal.

Para el desempeño parroquial que, por defecto de sacerdotes, pesa sobre dichos Religiosos, los cuales sirven toda la provincia de Santa Catalina, tienen otros tres pequeños conventos ó residencias, á uno de los cuales está aneja la Escuela Seráfica.

Mucho tienen que trabajar también en la conversión de los infieles, que son aún muchos en la región septentrional del Brasil.

El Gobierno, aunque es masón, se muestra por ahora bastante benévolo para con los Religiosos. Quiera el cielo que ya que positivamente no favorezca los trabajos de los Franciscanos, siquiera que no los impida. Hagamos también votos porque los sudores y fatigas del P. Bierbaum y sus compañeros sean coronados con opimos frutos.

Islas Carolinas.—Esos héroes ignorados para el mundo, pero gratos como los que más á los ojos del Omnipotente, cuyas grandezas van á extender por los países más apartados y entre las tribus más salvajes; los misioneros, que sufriendo todo género de fatigas y de molestias no vacilan en ir hasta el sacrificio con tal de ganar almas para el Señor, no sólo dan gloria á Dios y sacan del error para llevarlos á la salvación á muchos de nuestros semejantes, aherrojados por su condición en las más desconsoladoras tinieblas, sino que aprovechan, en la mayoría de los casos, sus viajes por apartados países y sus relaciones con los indígenas para estudiar sus costumbres, su organización y su lengua, que luego dan á conocer para facilitar el camino que hayan de seguir sus sucesores. Una prueba más de esto es el *Diccionario hispano-kanaka*, considerado humildemente por su autor, el Rdo. P. capuchino Fr. A. M. de A., como una modesta colección de las voces más usuales y conocidas de la lengua hablada en la Ascensión ó Ponapé é islas inmediatas, en nuestras Carolinas Orientales.

Apesar de que el estudio de la lengua kanaka, como el de todas las de su clase, según observa el reverendo Capuchino, no puede sujetarse á las reglas precisas, porque se conserva en su estado primitivo y rudimentario, se consignan en este libro los principios de una Gramática que no es perfecta, porque no puede serlo dada la índole de la lengua á que se refiere, pero que es suficiente para dar una idea de la misma. Sigue á las reglas gramaticales el diccionario de las palabras más usuales en aquellas islas, y termina el interesante libro con una buena colección de frases, formadas algunas de ellas á manera de diálogo ó conversación familiar, que comprenden todas aquellas cosas más necesarias y principales que suelen ocurrir ordinariamente en la vida social.

Seguramente que este Diccionario será de grandísima utilidad para los misioneros que en lo sucesivo vayan á evangelizar á los naturales de las islas Carolinas, por lo cual no puede ser más meritoria la obra del estudioso Capuchino.

Este Diccionario ha sido dado á la stampa con sumo cuidado en la pequeña imprenta del Asilo de Huérfanos de Nuestra Señora de Consolación, de Tambobong (Filipinas).

Noticias varias.—Se ha constituido en Roma una Junta para promover la construcción de una iglesia en Lepanto dedicada á la Virgen del Rosario, para perpetuar la memoria de la victoria reportada en aquellas aguas contra la Media Luna por intercesión de la Santísima Virgen. Esta idea, nacida en el Congreso Eucarístico de Jerusalén, se piensa ver realizada mediante una Junta internacional establecida en Pastrogo, de la que es filial la constituida en Roma. El monumento será también un voto por la vuelta de los cismáticos á la unidad de la Iglesia.

—El Congreso Eucarístico de Jerusalén celebrado en la última primavera ha sido uno de los acontecimientos más importantes del presente siglo. Hay necesidad de revistar las fuerzas del Catolicismo y las disidentes en el Imperio turco y el Oriente en general, y por eso merecen consignarse los datos siguientes: Los sirios unidos forman un grupo que obedece como inmediato jefe al Patriarca de Antioquía. Los caldeos unidos de Turquía y de Persia, al Patriarca de Babilonia. Los maronitas podrán ser doscientos cincuenta mil, y obedecen á otro Patriarca. Los armenios unidos, dependientes del Patriarca de Cilicia, y que cuentan dieciocho Obispos. Los griegos unidos de Oriente. Los coptos de Egipto, muy poco numerosos. Los armenios unidos de Austria, Francia, Venecia y Roma. Los georgianos unidos de Constantinopla. Los rutenos unidos en Polonia y Hungría. Los servios unidos de Croacia. Los válacos unidos del Imperio austriaco, y los búlgaros unidos de Bulgaria, Macedonia y Tracia. Los Papas, si quisieran, podrían repetir aquellas misteriosas palabras del Evangelio, hablando, de las iglesias unidas, en contraposición á la occidental ó patina: «Tenemos otras ovejas que no son de este rebaño.» Las

iglesias no unidas, independientes y heréticas y cismáticas á la vez, son: los independientes, los griegos cismáticos y los coptos de la misma denominación. Sobre todos éstos obrará con extraordinaria influencia el Congreso últimamente presidido en nombre de Su Santidad por el cardenal Langenieux, arzobispo de Reims, y que ha sido un golpe mortal en el corazón de los rusos y de los griegos independientes.

—Se ha descubierto, en Jerusalén, el sepulcro de Santa Ana en la bóveda de la basílica de San Andrés, que además de ser el santuario de la Inmaculada Concepción y de la Natividad de la Virgen, es el sepulcro de su madre. Las pruebas de este importante hallazgo se consignan en la *Revista Bíblica*, dirigida por los Padres de Nuestra Señora de África.

—Se acaba de celebrar en la isla de Jersey el centenario del restablecimiento de la fe católica. Durante doscientos veintiocho años estuvo esta isla privada de tan gran beneficio, hasta que los sacerdotes franceses emigrados en 1793 restablecieron el culto católico. En la actualidad cuenta la isla 60,000 habitantes, de los cuales hay más de 20,000 católicos.

VARIEDADES

JOYA CRISTIANA

La caridad, ni más ni menos, es la virtud á la que puede llamarse joya cristiana. Y joya la más preciosa, rica y bella del tesoro de la Religión, ya que es por esencia algo divino, sobrenatural; algo que tiene su origen muy por encima de este mundo, que se inspira en el mismo amor de Dios.

Ricas perlas que la embellecen y acrecientan, si acrecentar se puede su valor, son las almas puras que, sacrificando todos los egoísmos y levantándose por encima de las miserias terrenales, ponen toda su actividad al servicio de los que padecen. Un publicista católico ha escrito acerca de esto lo siguiente:

«Más de 28,000 hombres y 100,000 mujeres se consagran por voluntaria vocación á servicios peligrosos ó repugnantes, ó por lo menos ingratos de cumplir. Misiones entre salvajes y bárbaros, cuidados á enfermos idiotas ó alienados, recogida y asistencia de ancianos pobres ó niños desvalidos, innumerables obras de caridad y de instrucción en asilos, hospicios, prisiones, etc., y todos estos servicios prestados por el amor de Dios, y la comida y ropa en este mundo, aspirando á hacerse gratos á Dios para otra vida, he aquí lo que son y hacen las Ordenes y Congregaciones religiosas. ¿Bajo que bandera ó creencias se encuentran análogas instituciones?»

¿Bajo qué bandera? Bajo ninguna. Estas obras son hijas de la caridad, y la caridad no alienta sino al amparo de las nociones que en el corazón humano despierta el amor de Jesucristo.

Ninguna idea puramente humana, por grande, por levantada y noble que sea, es capaz de dar vida á tan generosas acciones, que suponen una abstracción completa de todos los sentimientos que ligan con el mundo á una criatura, para no dejarle más relación ni más comunicación que la que pueda ligarle á la desgracia.

Para sacrificar los anhelos naturales del alma, es preciso hallar con qué sustentarlos, con qué reemplazarlos. Y como hasta el presente, ni jamás, ha habido ni habrá

religión que ofrezca con qué sustituirlos, si no es la católica, apostólica, romana, sólo en ésta pueden darse ejemplos tan heroicos y dignos de admiración.

CIVILIZACIÓN CRISTIANA

Perseguir la Religión cristiana en nombre de la civilización, es el más absurdo de los errores.

Porque la Religión cristiana es la única que produce y conserva la civilización, como lo prueban evidentemente la historia de las naciones cultas ilustradas por el Evangelio, y la experiencia de las naciones que están privadas aun de la luz del Evangelio, y por supuesto, sumidas en la más repugnante inmoralidad.

A propósito de lo segundo, un periódico mejicano trae lo siguiente:

«Europa se ha ocupado mucho de China en estos últimos tiempos, abriendo subscripciones en favor de los niños que mueren de hambre y creando Sociedades contra la esclavitud de los chinos; pero se ha dejado aparte la costumbre de las viudas que se dan, más ó menos, voluntariamente la muerte para seguir á sus maridos al otro mundo.

«Las viudas indias se hacen quemar; las chinas prefieren hacerse ahorcar. Generalmente son estranguladas. El cortejo fúnebre se dirige al lugar en que debe efectuarse el sacrificio, precedido de una especie de banda musical, cuya misión sólo tiene por objeto apagar los gemidos y gritos de la víctima: la viuda se ciñe la soga al cuello, y uno de los parientes más próximos se encarga de tirar la cuerda. Tanto en la China como en la India, la viuda así sacrificada es entonces venerada, y su virtud proclamada por todas partes.

«Estas viudas sí que merecen palos... antes de matarse, pues estos actos de fidelidad los rechaza la civilización por bárbaros.»

Los que se toman la ingrata tarea de proscribir la Religión católica del seno de la sociedad, atentan contra la misma sociedad: pues apagan la luz que ilumina las inteligencias en los senderos de la verdad, apagan el fuego divino que calienta las virtudes.

Quitar la Religión es quitar la civilización. Fomentar la impiedad es empujar los pueblos al retroceso.

NECROLOGÍA

RDO. P. FR. ESTEBAN BASARTE, FRANCISCANO

A la edad de setenta y seis años ha fallecido en el colegio de San Francisco de Olite, en Navarra, el Rdo. P. Fr. Esteban Basarte, Religioso de acendrada virtud, que vistió el hábito en 1834, habiendo desempeñado en la Orden honrosísimos cargos con general aceptación.

En 1861 fué nombrado prefecto de la Misión de Marruecos, desde donde pasó á los Santos Lugares de la Palestina; y como era peritísimo en las lenguas orientales, se le nombró desde luego primer intérprete de la Prefectura general franciscana, destino que desempeñó bastante años. Retirado finalmente á su convento de Olite, después de una vida tan bien empleada en servicio de Dios y provecho de su Orden, rodeado de la paz del justo entregó el alma en manos de su Criador.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona